



Facultad de Teología
Licenciatura en Teología

Entre Triunfalista y Triunfante: lo que Dios devela y espera de Su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor

(Artículo Especializado)

Gilberto Eduardo Xocop Ajuchán

Guatemala, noviembre 2020

Entre Triunfalista y Triunfante: lo que Dios devela y espera de Su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor

(Artículo Especializado)

Gilberto Eduardo Xocop Ajuchán

Lic. Anibal Marroquín Arana (**Asesor**)

Lic. José Roberto Esquivel (**Revisor**)

Guatemala, noviembre 2020

Autoridades Universidad Panamericana

Rector M.Th. Mynor Augusto Herrera Lemus

Vicerrectora Académica Dra. Alba Aracely Rodríguez de González

Vicerrector Administrativo M.A. César Augusto Custodio Cobar

Secretaria General EMBA Adolfo Noguera Bosque

Autoridades Facultad Teología

Decano en funciones Dra. Alba Aracely Rodríguez de González

Coordinadora de Facultad Licda. Siomara Ceballos de Villeda



UNIVERSIDAD PANAMERICANA

"Sapientia ante todo, adquiere sapientia"

ACUERDO DE APROBACIÓN E IMPRESIÓN DE TESIS

El estudiante, **Gilberto Eduardo Xocop Ajuchán**, de la carrera de Licenciatura en Teología, ha presentado trabajo opción de egreso, Artículo Especializado, con el título **"Entre Triunfalista o Triunfante: Lo que Dios de vela y espera de su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor"**

LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

La Decanatura de la Facultad de Teología

CONSIDERANDO

Primero: Que ha tenido a la vista el informe de opción de egreso, en donde consta que el estudiante en mención realizó la investigación de rigor, atendiendo a un método y técnicas propias de la Facultad, según dictamen emitido por el asesor y revisor para el programa de **LICENCIATURA EN TEOLOGÍA**.

Segundo: Que dicho trabajo reúne las cualidades básicas de una investigación de grado de Licenciatura.



POR LO TANTO

Emite **ACUERDO DE APROBACIÓN E IMPRESIÓN del Artículo Especializado, "Entre Triunfalista o Triunfante: Lo que Dios de vela y espera de su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor"** para que continúe con los trámites de rigor.

Dado en la ciudad de Guatemala, el día 18 de noviembre del año dos mil veinte.


Vo.Bo. Dra. Alba de González
Vice Rectora Académica
Decana en funciones




Licda. Stomara Ceballos de Villeda
Coordinadora Facultad de Teología

Licda. Stomara de Villeda
COORDINADORA
FACULTAD DE TEOLOGÍA

UNIVERSIDAD PANAMERICANA FACULTAD DE TEOLOGÍA, Guatemala 03 de noviembre de dos mil veinte.

En virtud de que la Opción de Egreso, Artículo Especializado, con el tema: **“Entre Triunfalista o Triunfante: Lo que Dios devela y espera de su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor”** Presentada por el estudiante: **Gilberto Eduardo Xocop Ajuchán**, previo a optar al grado Académico de Licenciado en Teología, cumple con los requisitos técnicos y de contenido establecidos por la Universidad, se extiende el presente dictamen favorable para que continúe con el proceso correspondiente de revisoría.


Lic. Ambal Marroquin Arana
Asesor

UNIVERSIDAD PANAMERICANA FACULTAD DE TEOLOGÍA, Guatemala 14 de noviembre de 2020.

En virtud de que la Opción de egreso, Artículo Especializado con el tema: ***“Entre Triunfalista o Triunfante: lo que Dios devela y espera de Su Iglesia en contextos de crisis, un aporte pedagógico desde las cartas a las siete iglesias de Asia Menor”*** Presentada por el estudiante: ***Gilberto Eduardo Xocop Ajuchán***, previo a optar al grado Académico de Licenciado en Teología, cumple con los requisitos técnicos y de contenido establecidos por la Universidad, se extiende el presente dictamen favorable para que continúe con el proceso correspondiente.


Lic. José Roberto Esquivel
Revisor

Dedicatoria

A Dios

Por su inconmensurable amor. Gracias por salvarme y adoptarme como hijo.

A mi esposa

Mayra Noemí, por amarme y apoyarme en esta aventura que es la vida. Eres una fiel compañera y buena madre, te amo.

A mis hijos

Sofía y Andrés con todo mi amor; son regalos maravillosos del Señor.

A mi familia

Por su amor incondicional y apoyo en cada etapa de mi vida.

Con aprecio a

Licenciada Magda Gómez de Custodio. Por su ejemplo de vida y apoyo incondicional en uno de los momentos más críticos de mi vida.

Contenido

Resumen	i
Introducción	ii
Planteamiento del Problema	iv
Justificación	v
Metodología	vi
Objetivos	vii
Metas	viii
1. La iglesia Triunfalista y Triunfante	1
1.1 Triunfalista	1
1.2 Triunfante	3
1.3 Las crisis, su inevitabilidad y propósito	4
2. Diagnóstico de la iglesia de finales del siglo I en Asia Menor	7
2.1 Contexto crítico de la iglesia	7
2.2 Lealtad también es adoración	10
2.3 Éfeso: activa y ortodoxa, pero sin amor	12
2.4 Pérgamo: fiel, pero sincretista	15
2.5 Tiatira: creciente, pero creyente de falsas profecías	18
2.6 Sardis: famosa, pero muerta	22
2.7 Laodicea: autosuficiente y arrogante, pero le faltaba todo	25
2.8 Esmirna: pobre, sin embargo, rica	31
2.9 Filadelfia: débil, sin embargo, fiel	35
3. Diagnóstico de la iglesia guatemalteca del siglo XXI	39
3.1 Sorpresiva crisis pandémica	40
3.2 Contexto pre-Pandemia	42
3.3 Ambiente eclesiológico y litúrgico	42
3.4 Ambiente bíblico-teológico	44

3.5	Ambiente ético y social	44
3.6	Contexto intra-Pandemia	45
3.7	Ambiente eclesiológico y litúrgico	47
3.8	Ambiente bíblico-teológico	52
3.9	Ambiente ético y social	55
4.	Cambios oportunos para la iglesia	58
4.1	El imperativo retorno a la identidad, iluminada por la Biblia	59
4.2	Una iglesia que siempre debe reformarse	61
4.3	Reajuste de metas y prioridades	62
4.4	Hacer discípulos, clave de la ecuación	64
4.5	De vuelta a la ética de Jesús	69
4.6	Respuesta comunitaria e individual	70
	Conclusiones	72
	Referencias	73

Resumen

El presente trabajo pretende analizar acerca de la actitud de la Iglesia Cristiana dentro de un contexto de crisis; esto desde dos entornos: la iglesia de finales del siglo I y la del siglo XXI. Se reflexiona en el beneplácito y el reproche del Señor, ante el proceder de quienes la conforman.

La evidencia novotestamentaria y del contexto presente, demuestran que la iglesia exenta de crisis, se ve a sí misma como una empresa que va viento en popa. Pero, cuando se encuentra sumida en riesgos eminentes, su reacción es tan diversa. Parte de ella puede seguir creyendo estar bien o que nada ha pasado, otra parte, se encaminará a la metamorfosis (transformación), no solo en el aspecto formal, sino más importante, aquello de fondo y esencia. En ese sentido, se analiza la actitud tomada por aquellas ilustres iglesias conocidas por Juan de Patmos, y se enfatiza en las determinaciones que estas habían adoptado, adaptado, cambiado u olvidado.

A partir de este antecedente importante, se analiza la situación de la iglesia del siglo XXI, pues, tal parece que esta, se encontraba en una especie de letargo, adoptando estilos de vida de la cultura popular o imitando a iglesias de moda, y la consecuencia, gran parte de ella se alejó de su esencia. La crisis reciente, ha sido instrumento para develar de la iglesia, sus virtudes y debilidades, su fuerza, pero también su fragilidad; ha enfatizado la diferencia entre una iglesia triunfalista y una triunfante.

Introducción

La naciente iglesia en el siglo I d.C., rápidamente comenzó a extenderse, no solo dentro de las regiones de Judea, Samaria y Galilea, sino también fuera de sus fronteras. Para finales del siglo, se habían consolidado varias comunidades cristianas en la región de Asia Menor, anunciaban el mensaje del Cristo resucitado. Sin embargo, para ese tiempo, los obstáculos relativamente menores habían sido superados; pero al poco tiempo comenzarían asedios mucho más fuertes, los cuales provendrían de dos frentes, una por parte del judaísmo y otra por parte del Imperio romano.

Estas congregaciones se vieron sumidas en encrucijadas que provocaban todo tipo de crisis, y cada una de ellas adoptó distintas posturas frente a ellas. Algunas seducidas por vivir una vida más tranquila o en opulencia, tomaron la decisión de hacer componendas con el estado; otras en su afán de mantenerse puras, llegaron a tener actitudes inmisericordes con sus hermanos; en todos los casos, habían puesto en entredicho su fidelidad a Dios, por eso, les fue enviado un mensaje particular y contundente a cada una, con carácter de urgente; y el medio fue correspondencia escrita, por mediación de Juan, el anciano de Patmos.

Ahora bien, la iglesia guatemalteca del siglo XXI, inmersa en un contexto globalizado, en un estado de desorientación y desesperanza, en una cultura relativista, narcisista, nihilista, hedonista, vacía de contenido y propósito, en un entorno de descomposición social, de corrupción en el ámbito público y privado, con una grave falta de sensibilidad y solidaridad humana; ha perdido su papel de ser una respuesta, o más bien, una propuesta proclamadora de esperanza.

En muchos casos, su pasividad ha hecho que deje de lado el ser sal y luz del mundo, es decir, su proyecto de transformación social está empolvado. En otros casos, se ha encerrado en una burbuja, llegando a parecerse más a un gueto o un club, que una comunidad viva y de fe.

A veces su vocabulario es desconocido para la mayoría de la gente, en muchas ocasiones presume aires de grandeza y aparenta destilar éxito en términos mercadológicos. Otras veces, ha hecho componendas con valores ajenos a la ética bíblica, para vivir de manera más holgada.

Y en esta serie de crisis externas e internas en la que se encuentra, se le ha sumado una inesperada, una de magnitudes extensas y profundas que, vino a poner al descubierto las verdaderas virtudes, pero también sus falencias y debilidades.

En este entramado a la vista, se hace imperioso un análisis somero de la situación de la iglesia en general, y de cada una de las comunidades de fe locales. Se debe hacer propio el diagnóstico que el Dueño de la Iglesia hizo a cada una de aquellas comunidades de Asia Menor, pues, aunque la opinión personal de los liderazgos y de los feligreses asegure que todo está en sintonía con el propósito divino, deberá tener claro que es más importante lo que Dios dice y espera respecto de ella.

La intención de este escrito es entonces, analizar el horizonte que en ciertos momentos se ha ido perdiendo, tanto en el aspecto bíblico-teológico, litúrgico, ético, social, como en el de la misión; en otras palabras, analizar su quehacer interno y externo, a fin de que vislumbre el camino de su verdadera identidad, la que solo el Señor puede determinar. Y luego, pueda encaminarse hacia los cambios pertinentes que encuentre necesarios, que posteriormente se evidenciarán en frutos que afecten su entorno.

Planteamiento del Problema

La iglesia es idea y diseño propiamente de Dios; Jesús dice de ella: Mi Iglesia. De manera que es el Señor quien la guía, sustenta y le da identidad; es Él, quien le dio una misión y propósito que cumplir en este mundo, llevar su buena noticia, pregonando esperanza. Por eso, su discurso debe ser coherente con su forma de vivir; es decir, debe modelar a Jesús de manera radical, para poder ser un influjo transformacional en las comunidades donde estas están establecidas.

A pesar de este conocimiento, con frecuencia, la imagen que Dios espera de su iglesia se ve difuminado, y comienza a emerger otra distinta y a veces hasta opuesta. Esto ocurre cuando se llega en un momento de sosiego, cuando comienza a creerse más especial de lo que es; entonces coquetea con el poder, con el sistema, y se ve a sí misma como exitosa. Lo importante pasa a ser lo histriónico, lo vehemente y lo divertido; se comienza a hablar de Dios en abstracto, y se vuelve indiferente para con el prójimo, proyecta para sí misma, una imagen triunfalista.

Pero cuando surgen etapas de crisis, empieza a reflejar su verdadera realidad, su fragilidad y ambigüedad. En este entramado laberíntico y espinoso, se encuentra la iglesia guatemalteca, principalmente en el momento en que se encontró en un contexto de crisis de pandemia.

En virtud de lo anterior, surgen algunas preguntas: ¿Cuáles son los síntomas de una iglesia triunfalista y en qué difiere con una iglesia triunfante?, ¿Cuáles son las similitudes en cuanto a las virtudes y falencias de la iglesia actual, en comparación con las iglesias del siglo I de Asia Menor?, ¿Cómo y porqué Dios ha utilizado la crisis de pandemia para develar lo malo de iglesia guatemalteca?, ¿Cuáles acciones se deben tomar para emerger diferente tras la crisis y cómo emprenderlas?

Se considera imprescindible entonces, desarrollar este artículo, que busca ser una especie de radiografía de iglesia. La finalidad es que ella, pueda deslindarse del ruido propio y del mundo, se detenga y guarde silencio, para escuchar la voz del Señor que se encuentra inmersa en aquellas añejas pero pertinentes misivas, cuyos destinatarios eran los cristianos de fines del siglo I en la antigua Asia Menor, y que sean un aporte pedagógico para el presente.

Justificación

La crisis global e insospechable del 2,020, conocida como Covid-19, vino a detener toda actividad humana, esta incluyó a la iglesia evangélica –por supuesto también, la guatemalteca- lo cual se convirtió en un verdadero desafío a la fe. Esta problemática, aprovechada por Dios, ha hecho mostrar a la iglesia, su fuerza y sus virtudes, pero sobre todo, vino a poner al descubierto las falencias de las que adolece. Vino a mostrar lo obsoleto y lo irrelevante en su quehacer, pero también a probar que su confianza estaba en sus fuerzas propias, en sus estrategias, y no en el dueño y Señor de la misma.

La iglesia, en gran medida, estaba perdiendo la senda que debía seguir, se medía a sí misma como próspera en términos mercadológicos, más no bíblicos. Se había vuelto egocéntrica y, por tanto, insensible en cuanto a su llamado para con el otro. Estaba enamorada de los discursos motivacionales y de éxito personal, concebía más importante los vaticinios elaborados de sus eminentes personalidades, de manera que la Biblia estaba reducida a un libro de superación personal, y no como la fuente de vida y eficacia, que instruye, exhorta, corrige, evalúa.

En virtud a esta grave situación -crisis externa e interna- se busca con este documento, considerar que las crisis son una oportunidad utilizada por Dios, para poner en evidencia su fragilidad y los errores en que la iglesia ha incurrido, y poder retrotraer aquellas experiencias similares que se encuentran contenidas en las misivas que Juan de Patmos envió a las congregaciones de Asia Menor, cuyo remitente era el Señor mismo, las cuales se hacen pertinentes para la iglesia del siglo XXI.

Metodología

Este escrito, basa su formación en el método empírico-descriptivo. Y, para lograr que este sea un texto sustancial, a la vez que enriquecedor, se toma como fuente de información, documentos escritos impresos y digitales que se registran en el apartado bibliográfico correspondiente. Estos, no fueron elegidos al azar, sino analizados. La mayoría de sus autores son reconocidos por su expertiz (experiencia) en sus respectivas áreas, y han dado un aporte significativo a la comunidad teológica y cristiana en general.

En el desarrollo de este documento, el lector se encontrará constantemente con las situaciones vividas en las crisis contextuales de las siete iglesias de Asia Menor, su análisis y comparación respecto a la iglesia guatemalteca, en el contexto crítico en el que se encuentra debido a la pandemia, con el fin de poder tener a la vista, lo que Dios devela y espera de ella.

Este artículo tiene como finalidad, incidir en mejorar el proceder de la iglesia evangélica local, considerando que los contextos críticos son un momento crucial, para salir de ellos mejor que antes.

Objetivos

Objetivo General

Que la iglesia, tanto su liderazgo y todo el que la conforma, puedan, en esta etapa de crisis y relativa pausa, tener la humildad de discernir y reflexionar en su real condición, y luego pueda confrontarla de frente con la visión de Dios contenida en la Biblia. Pero también que tenga la audacia para hacer los cambios necesarios, para que su identidad y su propósito, se encaminen de acuerdo al deseo de su Señor.

Objetivos Específicos

Concientizar que, toda crisis interna y externa a la iglesia, sugiere una autoevaluación de su quehacer en dos niveles, tanto como comunidad de fe, como de cada individuo; pero después de la evaluación, también se espera cambios sustanciales.

Analizar las razones por las cuales, a pesar de tanto activismo interno de parte de la iglesia, hay tan poco aprendizaje en cuanto a lo que Dios espera de los miembros; y una vez descubierto las falencias, corregir la problemática con acciones puntuales.

Generar conciencia que, hay una diferencia significativa entre lo que Dios considera importante en el desarrollo del quehacer eclesial y lo que cree el hombre que lo es. Que el éxito para Dios, no tiene que ver solamente con números, elegantes edificaciones, estatus, estar al día con las nuevas tecnologías, presencia mediática de la congregación y sus líderes, etcétera; sino vivir coherentemente con el evangelio.

Incentivar el crecimiento en la relación con Dios, de manera que el pregón de la iglesia, sea respaldado con la vivencia diaria de sus miembros. Que estos vivan en humildad, haciendo lo que es justo; que el amor a Dios se haga notorio en el trato con los demás, y así, el anuncio cristiano deje de ser solo un amor discursivo.

Metas

Que cada día se pueda llegar a parecerse más, a la iglesia que Cristo quiere que se sea, según los principios que se hayan contenidos en las Sagradas Escrituras.

Se contempla la elaboración de material digital, como videos cortos y pequeños escritos tomados de este artículo, los cuales se puedan difundir por distintos medios, dirigidos a los miembros de las comunidades de fe, con el fin de lograr generar conciencia, reflexión y los consecuentes cambios.

Generar cambios de fondo y luego de forma, en cuanto a la dinámica de la vida de la iglesia local. De manera que cada acción que emprenda, tenga un objetivo concreto al cual apuntar, y no solo llenar espacios vacíos. Que su actividad sea suplir las necesidades tanto propias, como también las externas, y no solamente complacer gustos internos; eso hará que la iglesia, deje de ser aquella organización que existe en el aislamiento, y sea ese organismo vivo de influencia hacia la transformación de las comunidades donde se circunscriben.

1. La iglesia Triunfalista y Triunfante

Sin ser un asunto nuevo, pero sí con más brío (energía) en el siglo XXI, se vive en una sociedad bastante postiza, una que muestra vanidosa las apariencias, y que sabe muy bien disimular sus realidades. Con certeza afirmaba Galeano (1998) que en la sociedad presente: “el plomo aprende a flotar y el corcho, a hundirse. Las víboras aprenden a volar y las nubes aprenden a arrastrarse por los caminos” (p. 9).

Y es que, los valores están invertidos, hoy día el envase tiene más valía que su contenido. La imagen es lo que cuenta en una persona, no así su ética ni sus valores; el éxito es el estándar a seguir, no importan los medios para alcanzarlo, lo importante es llegar a él; por ende, no hay lugar para el fracaso, el dolor, las crisis, los momentos de incertidumbre.

Se ha abrazado una cultura donde los procesos y lo que conlleva esfuerzo, son cosa del pasado, lo inmediato es lo fundamental; la complacencia, la autosatisfacción y el entretenimiento, son lo extraordinario, y los modelos a seguir, son las celeridades mediáticas de cualquier tipo.

La iglesia se encuentra en medio de este mar agitado, y en muchos casos, también se ha dejado llevar por estas corrientes que la cultura popular oferta.

Es en este entramado, cuando se puede diferenciar entre lo que es una iglesia triunfalista y una triunfante.

1.1 Triunfalista

El Diccionario de la Lengua Española (1992), define Triunfalismo como la: “actitud real o supuesta, de seguridad en sí mismo y superioridad, respecto a los demás, fundada en la propia valía. Optimismo exagerado procedente de tal actitud. Manifestación pomposa de esta actitud” (p. 2117). Si éstas características son de índole personal, de autopercepción y egocéntricas, entonces son detectables con facilidad si se manifiestan en la iglesia, y por tanto, no son rasgos propios de la iglesia del Señor.

Los síntomas de una iglesia triunfalista causan mucho ruido, pues se reflejan en actitudes ensimismadas y engréidas.

Lo triunfalista de las comunidades de fe, se manifiesta cuando son seducidas por el poder en términos económicos y posicionales, cuando se llega a un punto de embriaguez por el éxito

numérico de su feligresía y de la popularidad de su institucionalidad, como de sus líderes. Y es allí cuando se convierte en una maquinaria de fe, en donde todo es posible lograrlo, basta confesarlo, decláralo, y en su versión negativa, cancelarlo. La obediencia a la Palabra de Dios, simplemente es relegada.

En estos círculos eclesiásticos, no se da importancia al estudio exegético-hermenéutico de Las Escrituras, son más importantes las ideas propias de sus líderes, las cuales son adornadas con alguno que otro texto bíblico, luego, aprovechan sus habilidades carismáticas para producir discursos espectaculares y sensacionalistas, que terminan siendo un festín motivacional completamente antropocéntrico. Bien dice Vargas Llosa (2014) que: “en la civilización del espectáculo, el cómico es el rey” (p. 44). De manera que una predicación que enseña, nutre, reprende, corrige o instruye, aquí no tiene relevancia.

La iglesia triunfalista, basa su liturgia en todo aquello que entretiene, y su sermón, o mejor dicho, charla motivacional, debe ser vehemente, histriónico y divertido. Con justa razón, muchos ajenos a la fe cristiana, ven que esta institución divina se acerca cada vez más “al circo y a veces se confunde con él” (Vargas, 2014, p. 171). Es triste saber cómo se le ve a la iglesia hoy día, y es que, mucha de su enseñanza o predicación, se ha reducido a un discurso grato a cualquier oído, pero alejado de las Escrituras, lo que se ha hecho es una “deformación de la fe” (De Ávila, 2001, p. 35). Ha adoptado formas extrañas y erradas, pero que son atractivas.

Se habla tanto de prosperidad material y éxito económico, que no hay espacio para hablar del dolor, de la enfermedad, de las tragedias o pobreza. Estas realidades humanas se ven como maldiciones dentro de esta clase de iglesia; si acaso se mencionan, es para condenarlas, pues se cree que son propias de gente en pecado, por tanto excluidas de toda bendición divina. Se olvida por completo que el hijo de Dios, no está exento de pruebas, dolores, angustias y fracasos. De ser así, hombres como Job, Pablo, el mismo Jesús, estarían fuera de la voluntad divina.

Con esta forma de pensar, se subestima el verdadero valor del prójimo, pues se olvida que el evangelio de Cristo enseña que en su Reino, los valores son insustituibles y los conceptos absolutos. Conceptos como la humildad, la justicia, la misericordia, el amor, quedan exentos en este tipo de

iglesia. En muchos casos, tiene más valía la imagen que la compasión, el éxito personal y colectivo, que el amor hacia otros; el templo, al igual que la organización, son puestos por encima de la vida y la misericordia.

1.2 Triunfante

Jesús hace una afirmación monumental respecto a su iglesia, dice: “(...) y ni siquiera el poder de la muerte podrá vencerla” (Mateo 16:18 DHH). Tácitamente el Señor está diciendo que en su transitar, la iglesia no siempre sería un proyecto que iría viento en popa, sino que, con frecuencia se vería en momentos críticos, pero saldría vencedora, no sus en propios medios, sino porque Dios mismo, como Señor y dueño de la misma, estaría con ella en todo momento.

El término Triunfante significa, quedar victorioso pese a las circunstancias difíciles.

Una iglesia triunfante entonces, no es aquella que se auto percibe como tal, sino es el mismo Señor quien marcó las pautas y sus rasgos, los cuales están contenido en el Nuevo Testamento.

Es la iglesia que siempre tiene presente el señorío de Cristo, se mantiene fiel a él y a su Palabra. Y esa fidelidad es la que la lleva a ser victoriosa, pese a las circunstancias.

Por ejemplo, a la comunidad cristiana de Roma, Pablo enseñó que el sufrimiento, los escases, las dificultades, peligros, persecuciones o la muerte misma, no significaban fracaso, más bien les dijo que: “en todo esto salimos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37).

A la comunidad de Filipos, el apóstol pone sobre la mesa sus experiencias para explicar que una vida –o comunidad- triunfante, no se define por las circunstancias, sino a pesar de ellas: “Sé lo que es vivir en pobreza, y también lo que es vivir en la abundancia. He aprendido a hacer frente a cualquier situación, lo mismo a estar satisfecho que a tener hambre, a tener de sobra que a no tener nada” (Filipenses 4:12).

Solo cuando la iglesia aprende a vivir cada etapa de la vida y en dependencia plena de su Señor, tiene la facultad de decir “¡Todo lo puedo en cristo que me fortalece!” (Filipenses 4:13 RVC).

Por tanto, la iglesia que triunfa, mantiene sus ojos en su Señor, no desvía su mirada hacia la fama y el poder; no se deja seducir por el éxito económico y la popularidad, no pone en entredicho su fe para coquetear con extravagancias mediáticas.

No mide su crecimiento en el número de su membresía o red de iglesias, sino en el crecimiento de su relación con Dios, relación que se refleja en cómo imita a Cristo, amando a los demás de forma incondicional y sin intereses mezquinos; tiene claro que lo cuantitativo es importante, pero solo después de lo cualitativo.

Sabe que la Palabra de Dios es importante, por eso la estudia con esfuerzo y seriedad, con el fin de formar, de hacer discípulos de Cristo y no fans de una cultura cristiana o denominacional.

Es la iglesia que tiene presente que su inicio fue en “catacumbas, marginal, perseguida, de gentes pobres y desvalidas, que contrastaba con la barbarie de los paganos” (Vargas Llosa, 2014, p. 173).

Eso no significa que no procure tener un lugar de reunión decoroso, sino que tiene prioridades.

En una iglesia triunfante no debe haber personas más importantes que otras, no debe haber liderazgos impositivos y absolutos. Al contrario, tiene claro que ser pastor, maestro, apóstol, profeta o evangelista, más que títulos posicionales o de poder, son funciones encaminadas a la edificación mutua.

Es victoriosa, porque todos lo son; pues la felicidad de las bienaventuranzas, no es un llamado individualista sino comunitario; si uno padece, todos se duelen. Por eso es que estima importante una pastoral del sufrimiento, porque llora con los que llora, pero también se goza con los que alcanzan el gozo. En esta dinámica, no mira el sufrimiento de un hermano y lo asocia directamente con pecado.

Es la iglesia que sigue el ejemplo de su Señor, que no condena, sino que advierte a dejar el mal camino y acerca al arrepentimiento, al perdón, el cual conlleva la idea de reorientar la vida hacia un cambio integral.

1.3 Las crisis, su inevitabilidad y propósito

¿Qué es una crisis? Bauman y Bordoni (2014) se refieren a ella como: “un estado de incertidumbre, de ignorancia en cuanto a la dirección que están a punto de tomar los acontecimientos (...) y la necesidad de intervenir, es decir, de seleccionar las medidas correctas y de decidir cómo aplicarlas

lo antes posible” (p. 12).

El término se utiliza en casi todos los ámbitos de la vida humana; desde el nivel político hasta lo deportivo, desde los grandes conglomerados, hasta lo individual. Se le menciona con tanta frecuencia en los noticieros, pero también en las conversaciones del día a día.

La mente humana generalmente asocia la palabra crisis con algo caótico. Por ejemplo, si se habla de la crisis de la adolescencia, del matrimonio, o de pugnas por herencias, cada escenario se le percibe como un proceso interminable, y produce terror el solo pensarlo.

Si se habla de crisis en términos de mayor envergadura, como una crisis económica de un país, un conflicto bélico entre varias naciones, o como el caso de la pandemia actual, casi inevitablemente se les hace asociar con un escenario apocalíptico y que puede desembocar en fracasos.

Las crisis entonces, son una realidad que ha convivido con la humanidad a lo largo y ancho de su existencia; evidentemente son inevitables.

Uno de los hombres más antiguos que la historia bíblica registra, nativo de la región de Uz, de nombre Job, sabía que las crisis eran propias de la raza humana, por eso dijo que “El hombre, nacido de mujer, tiene una vida corta y llena de zozobras” (Job 14:1 DHH). Y no era para menos, este hombre vivió en carne propia, una racha de infortunios y frustraciones que parecían no tener fin. De modo que, desde una óptica fatalista, las crisis conllevan inevitablemente al fracaso; pero la evidencia histórica atestigua que, estas han servido de antesala para un estado mejor al anterior.

La iglesia no ha sido inmune a las crisis, ya que la fe cristiana no es un proyecto fácil y sin obstáculos, basta ir a su historia para corroborar esta realidad. Los precedentes se remontan a la propia vida del Señor, quien fue ejecutado como un delincuente; es más, antes había advertido a sus seguidores que mientras estuvieran en este mundo, las aflicciones no harían falta, pero debían confiar en él.

La iglesia temprana atravesó muchas crisis; fueron varias la que se suscitaron en su interioridad, por ejemplo, los roces entre judíos y gentiles, discrepancias doctrinales que generaban conflictos entre varios grupos, no contaron con la Biblia completa el surgimiento de los falsos maestros, el hostigamiento de los judaizantes, entre otros. Pero también crisis externas, algunos relativamente

leves, y otras más fuertes, como la persecución sistemática por parte de los judíos y luego del Imperio romano.

La iglesia contemporánea de igual manera, atraviesa crisis de toda índole, muchas surgen en el interno, las cuales, en algunos casos, desestabilizan su credibilidad en la sociedad, y en otros, la alejan de su propósito original. Otras de ellas, son de carácter general o externas, pero la afectan directamente.

En el contexto guatemalteco, se puede recordar crisis de grandes proporciones como: el terremoto de 1976, el conflicto armado interno entre los años de 1960 a 1996, y en el presente, la pandemia del Coronavirus.

Aquí es necesario hacer la siguiente pregunta, ¿Tienen acaso las crisis una finalidad?

Dentro de la cosmovisión bíblica se le ve como procesos, donde la fe y la lealtad a Dios es probada. Uno de los Salmos más emblemáticos dice: “Aun si voy por valles tenebrosos, no temo peligro alguno porque tú estás a mi lado; tu vara de pastor me reconforta” (Salmos 23:4 NVI).

Por difícil que parezca, a las crisis se les debe ver como una oportunidad para generar cambios, para la creatividad, la inventiva, para salir mejores. Chamorro y Estrada (2020), recogen una frase del eminente físico alemán Albert Einstein, el cual dice: “toda crisis, inevitablemente traerá progreso” (p. 13). Pareciera demasiado aventurado o ficticio este enunciado, sin embargo, se debe considerar las etapas críticas como el instrumento para ver lo que hay que corregir, y como una oportunidad para emprender cambios sustanciales.

El apóstol Santiago, ya en el contexto de la dispersión judía, les dice a sus hermanos: “ustedes deben tenerse por muy dichoso cuando se vean sometidos a pruebas [crisis] de toda clase” (Santiago 1:2 DHH). La dicha de la que el apóstol hablaba, no era una especie de masoquismo, sino la ventura de saber que Dios está en medio de estas dificultades, y que la fe estaba siendo puesta a prueba, la cual, una vez superado la etapa crítica, saldrían de ella aprendiendo paciencia, serían maduros, más fuertes y sabios.

A la crisis debe vérselo entonces, no como sinónimo de fracaso, sino como una oportunidad, ya que “el espíritu humano es capaz de resistir una enorme cantidad de aflicciones, incluso el encontrarse ante la perspectiva de la muerte, si las circunstancias tienen sentido” (Dobson, 1993, p.22).

2. Diagnóstico de la iglesia de finales del siglo I en Asia Menor

2.1 Contexto crítico de la iglesia

Jesús, en el primer sermón registrado por Mateo, comienza con un llamado, el llamado a ser felices. Pero no es una felicidad cualquiera, no es como la felicidad hedonista actual, sino como dicha, bienaventuranza que permanece en medio de las crisis, la que hace dar sentido a la vida aún en medio del caos.

En estas homilías, Jesús se refiere a un grupo de dichas sumamente interesantes, pero hay una que merece la atención en este apartado; dice: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (...) Bienaventurados serán ustedes cuando por mi causa los insulten y persigan, y mientan y digan contra ustedes toda clase de mal (...)” (Mateo 5:10-11 RVC).

Hay que recordar que, en sus inicios, las comunidades cristianas estaban conformada en su mayoría por judíos, por tal razón, tanto los gentiles, así como las autoridades romanas, veían al cristianismo como otra secta judía. Además, la política religiosa romana era sincretista, cualquier tipo de culto era asimilado en su contexto, y el judaísmo –a pesar de ser una religión monoteísta y anicónica (no usaban imágenes)- era una religión permitida. Por eso en los comienzos de la iglesia, la hostilidad era poca; se puede hablar de una relativa tranquilidad.

Fue en la segunda mitad del siglo I, que la iglesia se encontraría en un incesante período de crisis. La primera de ellas, se trató de un conflicto intrajudío; el Sanedrín, con el amparo imperial, estaba facultado para perseguir a los cristianos.

La segunda ola de persecuciones, fue de parte del egocéntrico Emperador Nerón, que, “cuantos se oponían a su voluntad, o bien morían misteriosamente, o bien recibían órdenes de quitarse la vida” (González, 2009, p. 49). Este actuar enfermizo, era mayormente por autosatisfacción, que por castigo.

Ya para el último tercio del siglo I, específicamente por los años noventa, el panorama fue mucho más terrible para la iglesia, mayormente para las comunidades de Asia Menor. Por ésta razón es que surge el libro de Apocalipsis de Juan, y es que, los Apocalipsis nacen en períodos críticos y tormentosos, con la finalidad de traer esperanza al pueblo, en este caso a la iglesia, debido a la persecución por la negativa a darle culto al Emperador de turno.

Existe una inscripción contemporánea al siglo I que ha subsistido en el tiempo, fue escrita en la entrada de la ciudad de Mira en Licia, en honor al primer Emperador romano Octavio Augusto César, el cual dice: “Al Divino Augusto César Hijo de Dios, emperador del Cielo y de la Tierra, el benefactor y Salvador del mundo entero, quien nos ha traído La Paz” (McLaren, 2006, p. 8).

Esto constata que, con él, se instauró la práctica de la *apoteosis*, es decir, la divinización de todo Emperador tras su muerte. Este acto incluía, la emisión de monedas con su imagen grabada, la construcción de estatuas suyas, templos en su honor y, por ende, el culto al monarca.

Según se tiene registro, “es posible afirmar que [en sus inicios] el culto al Emperador interesaría casi de forma exclusiva a las minorías sociales privilegiadas, representantes del colectivo más elevado en el marco de la organización político-administrativa ciudadana” (Santos, 2014, p. 293). Solo más tarde, se constituirían en devotas las clases sociales más bajas, aquellas que de alguna forma necesitaban el apoyo y/o autorización para desarrollar sin preocupaciones, sus actividades comerciales, y con ello, poder tener asegurado un mecanismo de ingresos y una vida tranquila.

De ser un culto privilegiado y privado, pasó a ser uno de carácter general y público; pero, con la llegada al poder del último caudillo de la dinastía de los Flavios, hijo del Emperador Vespasiano y hermano menor del general Tito, el culto imperial llegó a ser obligatorio.

Tito Flavio Domiciano, fue emperador del imperio romano a partir del año 81 d.C, hasta el 96, cuando fue asesinado. Era conocido como un ser cruel e inmisericorde, tirano y déspota. Entre sus muchos actos aberrantes, ordenó la ejecución de su propia esposa; cuando vio a su hermano enfermo de gravedad, ordenó que expirara. Sentía placer desde cazar moscas con una daga punzante, hasta cazar a los cristianos, encarcelarlos, torturarlos o ejecutarlos.

Era odiado por propios y extraños, que, tras su muerte, el Senado romano decidió que fuera eliminado todo monumento y borrado su nombre en toda inscripción que alguna vez fueron erguidos en su honor.

Aunque muchos hombres se vieron así mismos como dioses, éste fue el único emperador que, sin los ritos necesarios (pues no había muerto), llegó a divinizarse en vida. Esto se evidencia con una fórmula epistolar que, firmado por él, debían usar sus intendentes regionales para todo edicto

dirigido los poblados bajo su dominio; esta se describe en los siguientes términos: “Nuestro amor y nuestro dios lo quiere y lo ordena. A partir de entonces, fue regla general no llamarle de otra manera cuando tuviesen que escribirle o hablarle” (Cayo, 1992, p. 162).

Así las cosas, Domiciano fue un dictador que arremetió contra la iglesia en Roma, pero sobre todo en las provincias de Asia Menor, tras el decreto de “que se le adorase y considerase no solo como señor sino también como dios, *Dominus et Deus*” (Cuesta, 2014, p. 379). Una situación verdaderamente compleja para los cristianos, quienes sabían de sobra los mandatos divinos: “No tengas otros dioses además de mí (...) No tengas ningún ídolo que guarde semejanza con lo que hay en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra. No te inclines delante de ellos ni los adores” (Éxodo 20:3-40 NVI). Pero, si desobedecían a la orden imperial, se condenarían a la miseria, al ostracismo o a la muerte.

Uno de los momentos más álgidos, por la que Domiciano consolidaría su ya iniciada arremetida contra la iglesia, fue cuando su propia esposa Domitila, su primo Flavio Clemente, como también un considerable número de personas pertenecientes al Senado, se habían vuelto adeptos al cristianismo, o por lo menos, eran simpatizantes.

A todo cristiano, el Monarca los rotulaba de ser practicante de una religión ilícita al estado, los acusaba de ateos, y tal acusación conllevaba la pena capital. Santos (s.f.) explica que:

El término *atheos*, cuyo origen remonta al siglo II de nuestra era, encierra en sí una acepción bastante precisa: no significa, propiamente hablando, negación absoluta de la divinidad, sino un amplio rechazo a rendir honores a las divinidades del imperio y/o a los dioses poliados, así como a tomar parte en los cultos públicos. (p. 110)

El accionar del Emperador, dejaba claro que todo aquel que no lo honraba como divino y señor, lo haría padecer severamente, ya sea en los campos de juego, fustigados y mutilados con la rueda, lanzados a las bestias salvajes, quemados en la hoguera, y cualquier tortura o forma de muerte vigente en aquellos días.

En este hostil contexto se encontraba la iglesia, y para una gran parte de ella era una encrucijada, porque tenían frente a sí la decisión, o bien de mantenerse firmes en su convicción de que Cristo es el único Señor y Dios, y padecer por la espada del Imperio, o bien, participar en actividades en honor al emperador, donde una comida publica era sinónimo de reconocerlo como dios y de someterse a su señorío. Se trataba de lealtad total a una de las partes.

El propio Juan, mientras escribía el libro de Apocalipsis y las misivas a las iglesias, estaba experimentando el destierro por parte del gobierno provincial ordenado por Roma, y la razón era haber dado testimonio de Cristo, como el único Hijo de Dios.

2.2 Lealtad también es adoración

Juan de Patmos recibe la orden de escribir a siete comunidades, Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea; no que estas siete iglesias hayan sido las únicas de aquella región, pues habían más, por ejemplo, aquellas mencionadas por el Nuevo Testamento, como la iglesia de Hiariópolis y las de Colosas. La referencia específica de siete, más bien representa la totalidad de la iglesia, tanto en aquel momento, como en la posteridad.

¿Qué espera el dueño y Señor de la Iglesia de estas congregaciones con estas cartas? Que cada una de ellas tengan presente que el único Dios y Señor es Cristo, y que la lealtad, ya sea para él o el Emperador, sugiere una cuestión espiritual, significaría rendir culto, adoración a cualquiera de los dos, y el culto a cualquier otro ser o cosa fuera de Dios, es idolatría.

Es por eso que el Vidente de Patmos, sin vacilar, arremete en contra del Imperio con tinta y pergamino, “descalificando a Roma como ramera y su imperio como bestial, proclamó que solamente Dios y el Cordero son dignos de recibir adoración” (Nelson, 2016, p. 24). Rectificaba con ello el mandato que dice: “Porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4:10 RVC).

En cada una de las ciudades en donde se encontraban estas comunidades cristianas, ya era parte de la vida diaria la adoración a Domiciano; se daba en el ámbito familiar, social, en los negocios de

todo tipo, y desde luego en los círculos políticos. En este contexto, Juan escribe la visión con tal precisión y dice:

Entonces oí que todo lo creado en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, y todo lo que hay en ellos, decían: Al que está sentado en el trono y al cordero, sean dadas la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 5:13 RVC)

¿Qué pasaría cuando se escucharán esas palabras que llevaban fuego en su trasfondo?, cristianos y paganos reconocerían con claridad que se trataba de una provocación directa a las ceremonias de la corte imperial. Llamar abiertamente a Jesús como El Señor (*Christus*) -título propio utilizado por el Emperador- era una decisión con serias consecuencias.

Atinadamente refiere Nelson (2016) a respecto: “la visión de Juan revela, quita el velo del Imperio Romano, mostrando cómo ha llegado a ser una bestia violenta que se apropia de una devoción que le corresponde a Dios” (p. 25).

Todo el libro de Apocalipsis refleja el amor de Dios hacia su iglesia que se encuentra en crisis, pero se acentúa su gracia en cada carta a las iglesias, porque quien habla es el mismo que fue inmolado como cordero, que, aunque contienen diagnósticos minuciosos y exhortación (también alabanzas), debían decidir entre ser leales a la devastadora bestia, o al cordero de toda gracia. La lealtad a uno o a otro, era sinónimo de culto, de adoración, de entrega completa de vida, pues “el culto forja lealtad” (Nelson, 2014, p.40). La lealtad a Dios, era el detonante para las persecuciones a las comunidades de fe.

Es interesante notar que, cada una de las crisis que la iglesia atraviesa, el Señor las encuentra útiles. Le son un instrumento para develar otro tipo de crisis más interna y arraigadas; y esto pasó con las comunidades cristianas asiáticas, que, en muchos casos, no se habían percatado de sus verdaderas realidades.

Un buen porcentaje de estas iglesias se auto percibían exitosas, pujantes en todo sentido, es decir, se veían a sí mismas triunfantes, pero su esencia estaba desvanecida, desorientada o desvirtuada.

De manera que las persecuciones, se convirtieron un momento ideal para tomar decisiones y acciones que la hicieran volver a su verdadero significado, a su razón de ser.

Por eso, las cartas a las siete comunidades –y todo el Apocalipsis- enfatiza que es “dichoso el que lee y dichosos los que escuchan la lectura de este mensaje profético, y hacen caso de lo que aquí está escrito” (Apocalipsis 1:3 DHH).

Lo que viene a continuación, es la radiografía de estas comunidades cristianas, y, entre halagos y reprimendas, el Señor dirige “su mensaje en primera persona, Cristo intenta purificar desde dentro a su comunidad de manera que pueda prepararla para comprender y realizar aquellas opciones operativas que su hora histórica va requiriendo continuamente” (Vanni, 1998, p. 77).

El orden aquí será, primero las cinco que aparentaban estar bien, más su realidad era execrable (que merecían ser condenadas o criticadas con severidad); y por ultimo aquellas dos, que eran verdaderamente ejemplares, a pesar de su apariencia externa.

2.3 Éfeso: activa y ortodoxa, pero sin amor

Éfeso era considerada la iglesia madre, pues fue el centro misionero para toda la provincia de Asia Menor.

La ciudad era densa demográficamente, por ende, también importante y poderosa en su economía, debido al fructífero comercio que su puerto generaba. Además, contaba con una floreciente industria de platería, la cual se distinguía por la fabricación de réplicas del insigne templo de Diana o Artemisa, la diosa de la fertilidad.

La iglesia cristiana se encontraba en un contexto pagano al extremo; se practicaba la prostitución sagrada, todo tipo de supersticiones, encantamientos, y por supuesto, la tentación de ahorrarse problemas y vivir cómodamente si se amoldaban a la cultura del lugar y al culto imperial.

Al dirigirse a ella, el Señor inicia con elogios, les dice:

Yo sé todo lo que haces; conozco tu duro trabajo y constancia, y sé que no puedes soportar a los malos. También sé que has puesto a prueba a los que dicen ser apóstoles y

no lo son, y has descubierto que son mentirosos. Has sido constante, y has sufrido mucho por mi causa, sin cansarte. (Apocalipsis 2:2-3 DHH)

Ser halagada de parte del Señor como una comunidad muy activa hasta el cansancio, habría sido una singular dosis de estímulo, y a la vez, serviría para engrosar el currículo prestigioso de esta congregación, que había sido misionada y pastoreada por nada menos que Apolo, Priscila y Aquila, Pablo, Timoteo, y quizá por el propio Juan de Patmos. Pocas congregaciones tuvieron la dicha de contar con liderazgos como la de estos hombres.

También estaba siendo elogiada por su celo en cuidar la ortodoxia. Su rigor doctrinal hacía poner a prueba a los falsos apóstoles, para que no pudieran corromper a los cristianos.

Ponerlos a prueba, “consistía en ver sus frutos y la armonía que guardaban con la fe de la tradición. A los pseudo apóstoles, la iglesia de Éfeso los encontró embusteros” (Fuentes, 2014, p.30). La declaración del Señor de, por sus frutos los conocerán, era bien aplicado allí.

En esta iglesia, muchos estaban siendo tentados y seducidos por los nicolaítas, es decir, por aquellos que servían a Dios, pero a la vez formaban parte del culto al emperador. Por tal razón, su lucha era tenaz para contrarrestar esta situación.

Pero, a pesar de todos los méritos ejemplares de activismo, ortodoxia y éxito aparente, tenían un grave, o más bien, monumental problema.

Como quien desinfla un globo colorido y reluciente, el Señor devela su nefasto error, les dice: “has abandonado tu primer amor” (Apocalipsis 2:4 NVI).

El excelente perfil eclesial se derrumba enseguida, debido al envanecimiento del amor que hace algunos años atrás, era una virtud suya y ejemplar para otras comunidades. Pablo decía respecto a ellos: “(...) ustedes tienen fe en el Señor y amor para con todo el pueblo santo” (Efesios 1:15 DHH).

Todo el activismo fervoroso e incansable, como el celo por mantener la ortodoxia, presuponía fidelidad y amor a Dios. Daban por hecho que estaban bien en su vida espiritual; sin embargo, habían abandonado el amor al prójimo, la segunda parte del gran mandamiento.

Habían pasado de no tolerar la actitud y las obras de los falsos cristianos, a aborrecerlos a ellos mismos, a las personas. Eso es gravísimo, pues “dejar de amar al prójimo, aun cuando esté en errores graves, es ya en sí dejar de amar a Cristo” (Stam 1992, p. 86). Esta es una premisa innegociable dentro del cristianismo, “Si alguno dice: yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto” (1 Juan 4:20 LBLA).

Todo supuesto éxito, todo activismo, el resguardo de una doctrina, y todo proyecto bien intencionado, no tienen validez o se vienen por los suelos si no hay amor hacia los semejantes. Stam (1992) dice a respecto: “En vez de seguir gloriándose en sus laureles, la iglesia debe reconocer que ha caído y volver a la práctica de amor que antes le era típica” (p. 86). La mancuerna amor a Dios y amor al prójimo son inseparables.

Luego de los elogios y del diagnóstico revelador de sus falencias, el Señor prosigue, y hace una exhortación a cambios inmediatos.

Le dice a la congregación que se detenga, que haga memoria de cuándo fue el momento donde sucumbió; que se arrepienta y se vuelva a él. Eso generaría que volverían a amar como antes lo hacían, como el Señor ama; pues, si no aman no son iglesia. Además, advierte que el desacato a esta orden les llevaría a sendas consecuencias.

Para terminar, el Señor le dice a esta comunidad que, quienes oigan y cumplan su Palabra, serían vencedores, triunfantes, pues, “la meta más profunda del Apocalipsis es llamar a todo cristiano a ser fiel a la manera del Cordero” (Stam, 1992, p. 91). Un llamado a la fidelidad, hasta las últimas consecuencias.

El diagnóstico de Éfeso, evidencia la diferencia entre lo que el ser humano considera una iglesia exitosa, y cómo Dios realmente la ve. Los criterios son tan distantes, por lo que se debe prestar atención a lo que el Señor de la iglesia espera de ella.

Todo activismo, logros y aparente ortodoxia, puede hacer creer a una congregación, lo bien que está, y pronto se verá a sí misma como ejemplar. Pero, si en toda su actividad numinosa (manifestaciones poderosas divinas), olvida amar a su prójimo, todo ya no sirve de nada, se ha

dejado de ser luz, se ha dejado de ser iglesia; ha dejado de ser triunfante, solo se percibe a sí misma como triunfalista.

2.4 Pérgamo: fiel, pero sincretista

Pérgamo constituía un importante centro de comercio en la región, por su agricultura y ganadería, y por la fabricación de tejidos elaborados con lana.

La ciudad estaba asentada sobre una colina, por eso su nombre significa ciudad gloriosa. Fue en esta ciudad donde por vez primera se fabricó el pergamino.

Ciudad afamada por sus “hospitales y sus templos de curación en honor al dios Asclepias [Esculapio], atraía a miles de peregrinos de todo el mundo, como lo avalan los hallazgos arqueológicos de una amplia variedad de monedas” (Doukhan, 2008, p. 35). De manera que, uno de sus principales virtudes era el tema de la medicina, “grandes médicos como Galeno se prepararon en Pérgamo, y algunos emperadores concurrían a este templo buscando sanarse” (Stam, 1992, p. 103).

Contaba con muchos templos y altares, los principales eran honor a Zeus, Dionisio, Demetrio, entre otros. Se dice que Pérgamo era la ciudad más idólatra de aquel tiempo en toda la provincia, ya que, aparte de las divinidades mencionadas, se promovía con ahínco el culto al Emperador, pues la ciudad era el núcleo de este culto.

La carta que el Señor remite a esta comunidad, inicia con una importante introducción: “Esto dice el que tiene la aguda espada de dos filos” (Apocalipsis 2: 12 DHH). Esta presentación, tiene un llamado fehaciente, no solo para la comunidad cristiana, sino para todo el que escuchara la lectura de esta misiva, pues:

En el contexto de la vida en una capital provincial donde el procónsul ostentaba “el derecho de la espada”, el poder de administrar la pena de muerte a voluntad, un Cristo soberano en posesión de la espada de dos filos haría recordar a la amenazada

congregación que el poder final sobre la vida y la muerte le pertenecía a Dios. (Mounce, 2007, p. 131)

Lo que el Señor estaba diciendo, era una seria provocación en contra de las autoridades políticas locales, quienes afirmaban tener poder sobre las vidas de los ciudadanos de Pérgamo; les decía que tal poder, solo a él le confiere.

Luego de su presentación, el Señor prosigue con elogios a la congregación; les dice: “Yo sé que vives donde Satanás tiene su trono; sin embargo, sigues fiel a mi causa. No renegaste de tu fe en mí, ni siquiera en los días en que Antipas, mi testigo fiel, lo mataron en esa ciudad donde vive Satanás” (Apocalipsis 2:13 DHH).

Cristo los felicita por su fidelidad, pues se encontraron en medio de dos ambientes muy hostiles: el primero es que la ciudad era el epicentro religioso de toda la provincia, era el centro de adoración al emperador (trono de Satanás); y el segundo, la fidelidad a Cristo tuvo como consecuencia el martirio de uno de los miembros de la congregación, un hombre llamado Antipas, quien no cedió a la presión de adorar al Emperador, sino se mantuvo firme en todo momento, por eso el Señor le llama Testigo Fiel.

Mounce (2007) hace mención de “algunos hagiógrafos posteriores (Simón Metafrastes y los bolandistas) que consignan que [Antipas] murió asado lentamente en un recipiente de bronce durante el reinado de Domiciano” (p. 132). Ciertamente o no el tipo de muerte que recibió, lo sobresaliente aquí es la fidelidad de esta iglesia.

Pero, a pesar de la emotiva felicitación de fidelidad, resistencia y valentía ante la presión pagana en general, mayormente ante el veneno del culto imperial, se hizo “sentir su contagio en una serie de ideologías sincretistas que el autor designa con términos veterotestamentarios (Balaán, Balac, quizá los nicolaítas) que recuerdan precisamente la contaminación pagana de Israel y son una advertencia a la iglesia de todos los tiempos” (Vanni, 1998, p. 35).

Hasta cierto momento, habían sido fieles en guardar el Nombre Señor (*Kúrios*), que pertenece solamente a Cristo, incluso en el momento más álgido del martirio de uno de sus hermanos, pero,

pronto habían pasado a ser tolerantes con aquellas añejas componendas, como cuando Israel lo había hecho con la idolatría. De modo que, un segmento de esta congregación había comenzado – con sus actitudes- a proclamar la consigna de El César es el Señor (*Kaisar kúrios*).

¿Cuál era la actitud adoptada?, los expertos señalan que se trataba de “la licitud de comer las carnes que previamente habían sido ofrendadas a los ídolos” (Fuentes, 2014, p. 38).

Esto sugiere, muy probablemente, que algunos cristianos habían creído que no ponían en peligro la lealtad a Dios, si participaban en alguna comida insignificante.

Estas comidas se llevaban a cabo de diversas maneras y en diferentes lugares, podía ser en los propios templos paganos, o bien en espacios más particulares, como asociaciones que agrupaban a personas según sus oficios o gremios; todas en honor a alguna divinidad o al emperador mismo.

Además, en ese tipo de festividades paganas, la inmoralidad sexual (o fornicación) formaba parte de ella; aunque su significado en la carta puede no haber sido meramente el pecado sexual, quizá más bien era una metáfora para acentuar toda práctica de idolatría e infidelidad a Dios; con todo, era un cumulo de situaciones, por eso la comparación con el antecedente de Balaam, aquel hombre que, por sus medios, hizo descarriar al pueblo tras otros dioses.

El resto de la iglesia, juntamente con su liderazgo, no se había mezclado con esas prácticas, sin embargo, su actitud era laxa, pues, “si en Éfeso pecaban por intolerancia, en Pérgamo estaban cayendo en una tolerancia errada y peligrosa” (Stam, 1992, p. 105).

En la iglesia de Éfeso los nicolaítas eran una amenaza seria, pero estaban aún fuera de ella, en Pérgamo sin embargo, a sus anchas estaban dentro de ella con su fuerte pregón hacia la idolatría. Finalmente, toda la iglesia era culpable de la misma falta.

La tentación a una vida placentera y sin problemas con el estado, no debía seguir arraigándose en la iglesia; debían detenerse y eliminar toda posible convivencia entre la adoración a Dios y al Emperador, porque, es sabido que un pequeño mal sin el tratamiento del caso, puede acabar siendo un cáncer terrible, que, en este caso, podría haber acabado con la iglesia.

Es por eso que el Señor, tras este diagnóstico develado, hace un fuerte llamado a la reflexión, al arrepentimiento y al cambio puesto en acción.

El arrepentimiento debía ser pleno, un giro de ciento ochenta grados y con carácter de urgente. En caso de no atender a esta orden, se verían con un juicio de parte de Dios, tanto por la herejía de un grupo, como por la condescendencia de otros.

Esta postura de parte del Señor, no sería extraña, pues como precedente estaba la iglesia de Corinto que, parte sus miembros vivían en desobediencia, por lo que, en su intervención directa, Dios los confrontó, “de modo que algunos de ellos habían sido postrados en cama, otros debilitados de tal forma que no podían asistir a las reuniones, y algunos, tal vez los más recalcitrantes, habían muerto” (Pérez, 2010 p. 186). Y es que, el Señor demanda todo o nada, fidelidad completa. La desobediencia e infidelidad a él, siempre tiene serias repercusiones.

Finalmente les es dada una promesa, si obedecen el mandato divino saldrían triunfantes, vencedores, y se les daría el maná escondido y una piedrecita blanca con un nombre nuevo. Las interpretaciones de estas promesas son diversas, pero, sin restarle importancia, lo que interesa en este apartado es enfatizar que, la fidelidad al Señor debe ser completa, pues se peca tanto si, se hace componendas con el sistema, como si se tolera esas actitudes; la infidelidad es tanto de quien practica el pecado, como quien no hace nada por corregirlo.

Los sincretismos son un problema antiguo como actual, atañe a la iglesia en cualquier lugar y tiempo.

La idolatría no necesariamente trata de inclinarse ante una imagen de alguna divinidad, puede ser cualquier cosa o idea que se coloca en una vitrina de importancia en la vida, que finalmente se ubica al mismo nivel de Dios, o lo sustituye progresivamente. Estas siempre se presentan de manera seductora y ofrecen una comodidad que arrastra hacia una vida holgada y triunfalista, pero el imperativo sigue siendo el mismo: no es posible servir a dos Señores.

2.5 Tiatira: creciente, pero creyente de falsas profecías

La ciudad de Tiatira era pequeña, su ubicación era una bifurcación de caminos, su actividad principal era el comercio.

Aparte de pequeña, esta ciudad no era famosa como las otras de la región, sin embargo, como refiere Stam (1992), según “inscripciones y monedas, demuestran que en esta ciudad había un número extraordinario de gremios de comerciantes y artesanos, más que en otras ciudades mucho más grandes” (p. 114). De modo que su organización comercial era tal, que hay quienes afirman que casi todos sus habitantes formaban parte de algún sindicato para poder agenciarse de recursos y mantener un medio para su subsistencia.

El problema de este modo de vida, era que toda asociación, estaba directamente ligada al tema religioso y, por ende, al culto a las divinidades, incluido el culto imperial.

Su situación era una encrucijada, pues:

La vida comercial de la ciudad y la red poderosa de gremios hicieron del culto al emperador un problema de sobrevivencia económica. Aunque en Tiatira la religión imperial era mucho menos organizada y agresiva (no tenía templo al emperador), y la sinagoga no hostigaba a los cristianos, esa cara más inocua del culto imperial se unía con la conveniencia económica y hacía más sutil y peligrosa la tentación de acomodarse a la idolatría. (Stam, 1992, p. 114)

En medio de esta sutil situación en la que la iglesia se encontraba, el Señor se dirige a ella presentándose como el Hijo de Dios, quien tiene ojos como de fuego y pies como bronce al rojo vivo; es decir, que para él no hay nada que se pueda esconder, llega hasta lo más recóndito.

Luego da paso a la afirmación de la comunidad cristiana, elogiándola por sus cualidades, les dice: “Conozco tus obras, tu amor y tu fe, tu servicio y tu perseverancia, y sé que tus últimas obras son más abundantes que las primeras” (Apocalipsis 2:19 NVI).

A cualquier congregación en el mundo le encantaría escuchar este tipo de elogios, y mucho más si es de parte del propio Señor de la iglesia.

Estos cristianos, aun en medio del hostil contexto en el que se encontraban, poseían los rasgos que todo discípulo de Cristo debe tener: amor, fe, servicio, y paciencia perseverante; y por si fuera poco, el mayor halago que estaba recibiendo, era que sus obras presentes, eran mayores que las primeras. Esta era una iglesia verdaderamente creciente y ejemplar; digna de admiración y aplausos, pues iba de menor a mayor.

El Señor, luego de resaltar sus virtudes y su progresivo crecimiento en cuanto a los valores espirituales, da paso a la radiografía de la misma y revela su falta. La carta contiene una de las reprensiones más fuertes, les dice: “Sin embargo, tengo en tu contra que toleras a Jezabel, esa mujer que dice ser profetisa. Con su enseñanza engaña a mis siervos, pues los induce a cometer inmoralidades sexuales y a comer alimentos sacrificados a los ídolos” (Apocalipsis 2:20).

Cristo refiere a que esta comunidad estaba siendo embaucada, una parte de ella se había fermentado en la corrupción religiosa y moral.

Esta congregación se había convertido en creyente de las falsas profecías de una mujer que pertenecía a sus filas, a la cual el Señor le imputa el nombre de Jezabel, la cual estaba “logrando dar un aval pseudoprofético a la herejía nicolaíta” (Stam, 1992, p. 116). Estaba logrando convencer a la iglesia, de que sí era posible servir a dos señores.

La Jezabel del Antiguo Testamento, había introducido el culto a Baal en Israel con estrategias seductoras de inmoralidad y/o infidelidad. En la Iglesia de Tiatira, también había una mujer que al igual que aquella, estaba engañando a la iglesia con seductoras enseñanzas, y los dirigentes de esta congregación, habían caído en tolerancia a estas profecías.

Cristo con esta metáfora veterotestamentaria, está diciendo que “los que predicán el acomodo a los valores paganos romanos, tienen esa identidad” (Nelson, 2016, p.192).

La situación aquí es bastante particular, tiene mucho que ver el tema económico, pues, la renuncia a los diferentes gremios, significaba una inevitable ruina económica innecesaria, porque se estarían cerrando las puertas tanto para las ventas, como para la compra de insumos, y el desamparo oficial. El mensaje pseudo profético de aquella mujer, endulzaba los oídos, porque invitaba a una vida tranquila y próspera, con el simple hecho de participar en una comida, ofrecer algo de incienso, que no hacía daño a nadie. Si se abstenía a estas insignificantes prácticas, significaba condenarse a una vida de penurias y una vida relegada al ostracismo. El mensaje de esta carismática mujer, había hecho escollos en la congregación, la había dividido.

A pesar del llamado de atención de parte del Señor, así como la gracia que le había demostrado al darle el tiempo necesario para que se arrepintiera, esta congregación se mantuvo negativa a abandonar su forma de vida.

Entonces, Cristo que no hace amañes de ningún tipo, se dirige con una amonestación severa, advierte que tanto la pseudo profetiza, como sus seguidores y los líderes que estaban tolerando sus engaños, iban a sufrir en gran manera de distintos padecimientos.

Con todo, había un grupo que no había cedido al encantamiento de estas profecías falsas, a los cuales el Señor les hace el siguiente encargo: “conserven lo que tienen, hasta que yo venga” (Apocalipsis 2:25 DHH). Este era un llamado a mantenerse firmes en las enseñanzas dadas por los verdaderos apóstoles del Señor, les estaba encargando a “no agregar ninguna otra cosa a lo que ya conocían como expresión evangélica de la vida (...) a continuar en la fidelidad que habían demostrado a su profesión cristiana” (Pérez, 2010, p. 217). Dicho de otro modo, no hacía falta profecías que supuestamente complementaran la Palabra del Señor, y que, a la vez, relegaran el señorío de Cristo; la verdadera instrucción bíblica no hace componendas de ningún tipo.

Finaliza el diagnóstico y la exhortación, con el llamado a la fidelidad. El Señor hace una doble promesa a los que salgan vencedores, “el término vencedor alude a aquel que hace la voluntad de Cristo hasta el fin” (Fuentes, 2014, p. 145). Estos reinarán con él para siempre y se les dará autoridad.

La carta se hace extensiva en el presente, porque la dupla dinero y falsas profecías son tan actuales como lo fue a finales del siglo I. Muchas pseudo profecías de este tiempo, seducen las mentes, por estar untadas de supuesta autoridad divina, las cuales ganan adeptos por el fin monetario que contiene.

Así, surgen ideologías como la pseudo teología de la prosperidad, por mencionar una. Hay que recordar que todo falso profeta, generalmente dice lo que la audiencia quiere oír; a respecto, Shökel (como se cita en Stam, 1992) dice que: “el falso profeta no proclama la voluntad del Señor en términos apropiados al momento histórico. Anuncia los consabidos dogmas, a menudo falsificados, de un dios bonachón (...) propenso a fáciles misericordias” (p. 123).

Mucha profecía en la actualidad, es bien recibida, simplemente porque quienes las pronuncias son personajes mediáticos, o porque son carismáticos dentro de determinados círculos; además, se abusa del nombre de Dios, con la fórmula “dice el Señor”, con el pretexto de comunicar ideas personales.

2.6 Sardis: famosa, pero muerta

La ciudad de Sardis no era muy sobresaliente en la provincia a finales del siglo I, debido a que fue destruida en varias ocasiones por terremotos de gran magnitud, pero también fue invadida en más de una ocasión, por lo que nunca pudo volver al estatus que tuvo en el pasado.

Solo fue importante en la antigüedad, sobre todo durante el reinado de Creso, alrededor del siglo VI a.C., pues llegó a ser la primera metrópolis de Asia, pero pronto, toda su gloria quedaría nada más en el recuerdo. Ramsay (como se cita en Mounce, 2007), la describe como “una reliquia del periodo de las incursiones bárbaras, que vivía más de su antiguo prestigio, que de su idoneidad para las condiciones presentes” (p. 146).

En el tiempo que Juan escribe el Apocalipsis, la ciudad se distinguía, porque allí se fabricaba lana, además contaba con tintoreros hábiles.

Era pagana como toda ciudad imperial. Cíbeles, se llamaba la diosa local, “se creía que esta deidad, patrona de la ciudad, tenía el poder especial de devolver la vida a los muertos” (Mounce, 2007, p. 147).

En contraste con la ciudad, que no gozaba de importancia como las demás en la provincia asiática, la iglesia cristiana que allí estaba establecida, si era muy importante y bastante conocida, aunque solo era por razones de apariencia externa.

El Señor se dirige en la misiva con un título muy significativo y preciso para esta comunidad. Se presenta como el “portador de la plenitud de poder del espíritu vivificante” (Stam, 1992, p. 125). Con este título, el Señor estaba diciendo que no existe divinidad alguna (ni siquiera su deidad local Cíbeles), que pueda dar o devolver la vida a nadie, sino solamente él.

Acto seguido, aquí no hay elogios, inmediatamente da paso a la denuncia y reprensión, las cuales son bastante severas; les dice: “(...) Yo sé todo lo que haces, y sé que estás muerto aunque tienes fama de estar vivo” (Apocalipsis 3:1 DHH).

Todo indica que, en el seno de esta comunidad de fe, no había “herejías que combatir y [estaba] libre de cualquier oposición externa, se había amoldado tan completamente a su entorno pagano que, aunque conservaba una apariencia externa de vida, estaba espiritualmente muerta” (Mounce, 2007, p. 148). La congregación de Sardis, se veía a sí misma como una iglesia modelo, pujante y floreciente; pero el diagnóstico divino que es minucioso y penetrante, devela con total transparencia toda la realidad, incluso aquellos secretos más escondidos.

Esta iglesia que, como aquella higuera repleta de hermosas hojas verdes, dejaba ver que su conducta religiosa y ética, solo eran apariencias externas, porque en realidad no tenían fruto alguno. Eran una congregación cristiana nominal solamente.

Probablemente en otro tiempo, haya sido muy conocida por sus carismas espirituales, por su labor misionera, servicio o cualquier otra virtud, pero que al acomodarse a la vida social y religiosa del lugar, se había vuelto una iglesia rutinaria y que vivía de los recuerdos de triunfos del pasado; por eso vivía una gran paradoja, poseía una vida artificial, pero su verdadera identidad había muerto; “su vida era una situación contradictoria: la vitalidad externa no es más que una envoltura de la muerte interior” (Vanni, 1998, p. 36). El Señor estaba ausente en ella, porque él es quien vivifica con toda plenitud; es más, no es solamente quien da la vida, sino él mismo es la verdad y la vida.

Con toda esta triste realidad, tal parece que las demás iglesias de la región, aún la veían como una iglesia ejemplar, la habían colocado en un lugar honorífico y como modelo a seguir, su fama pasada aún estaba vigente entre ellas. La pobre iglesia de Sardis vivía presumiendo una fantasía con aroma a cadáver.

Pérez Millos (2010) resalta que estaba muerta, pero, “no se trataba de muerte en el sentido de perdición, sino de falta de poder espiritual. La iglesia vivía de apariencias y gozaba de una reputación que era falsa” (p. 233). Estaba muerta porque estaba separada del Señor, no estaba más su presencia entre ellos.

Sttot (citado en Stam, 1992) infiere que: “la congregación de Sardis era grande, respetable y de moda, bien llevada y sin polémicas, admirada por su aparente vitalidad” (p. 125). Es que, al modo de pensar humano, parece más atractivo el aplauso de sus semejantes que la aprobación divina; la imagen y las manifestaciones internas, son de más valor que la vida.

El Señor no hace elogio alguno, toda la adulación proviene del exterior, y toda esta opinión pública había consolidado el ego de la congregación, aunado con todo su activismo y obras que realizaba; se habían convertido en una iglesia triunfalista, pero sin vida.

Hasta aquí, lo que ha mostrado el diagnóstico es terrible, pero aún falta por develar. Esta congregación estaba dormida, por eso se le exhorta a que despierte o morirá. Era a la vez, una congregación mediocre, por eso el Señor arremete al decirles: “he visto que lo que haces no es perfecto delante de mí” (Apocalipsis 3:2 DHH). No podía ser de otra manera, pues estaba acomodada y ensimismada.

Por último, les dice que la mayoría de ellos habían manchado sus ropas. Esta declaración, posiblemente se refería a la disposición a darle culto al Emperador o a cualquier otra divinidad; es decir, estaba predispuesta a toda componenda, negociando la primacía del Señor y el lugar que solo a él le corresponde.

El cristianismo que se practicaba en aquella congregación, era mediocre y pasivo, puesto que no había rasgo alguno de oposición ante las presiones idolátricas, en especial al culto imperial; como resultado, tampoco había persecución alguna contra ellos. Los cristianos aquí, tenían una vida holgada y tranquila.

Cristo les exhorta a que despierten y que se mantenga despiertos, a reavivar lo que aún era rescatable, a hacer las cosas bien, a volverse a Dios y seguir las enseñanzas que habían aprendido al inicio; de lo contrario, Dios mismo trataría con ellos en el momento menos esperado.

De qué servía una afirmación basada en el pasado, si en el presente carecían incluso de fuerzas para estar despiertos y vigilantes.

Pérez (2010), dice que: “los de Sardis sabían por la historia, que la ciudad había sido conquistada en dos ocasiones por falta de vigilancia” (p. 236). Su excesiva confianza había hecho que dejaran

de vigilar un pequeño acceso, el cual veían como insignificante; pero no contaron que fue por este reducto minúsculo, que las tropas enemigas ingresaron de noche, y fueron conquistados.

La congregación ahora, estaba en situaciones parecidas, por eso la exhortación a estar despiertos, o su somnolencia podría pasarles factura. Esta vez no sería un ejército quien los sorprendería de noche, sino el mismo Señor vendría sobre ellos de improviso, como ladrón en la noche, no ha robarles, sino a juzgarlos.

En este álgido y nebuloso contexto, emerge una diminuta luz, aún existía un pequeño grupo que se mantenía fiel, “no han machado sus ropas; ellos andarán conmigo vestidos de blanco, porque se lo merecen” (Apocalipsis 3:4 DHH). Esta minoría de la congregación no habían cedido a la doctrina nicolaíta, es decir, se mantuvieron firmes a servir solamente a Dios, rechazaron adorar al emperador.

Tras el incómodo diagnóstico, el Señor da paso a la amonestación; les exhorta a discontinuar su camino actual, a que cambien su triste condición y se vuelvan a Dios, que experimenten una verdadera conversión, y dejar de vivir de apariencias. Luego, les hace extensa una promesa a quienes salgan vencedores, esta tiene tres aristas: se les vestirá de blanco, sus nombres permanecerán en el libro de la vida, y serán reconocidos por Cristo ante el Padre.

Esta misiva cobra vigencia en el presente, deja claro que la vida ética de un verdadero seguidor de Cristo, así como la fuerza del Espíritu que vivifica y la obediencia innegociable a su Palabra, ha perdido valor en muchos contextos; ahora es más importante el fervor litúrgico y sobre todo la imagen. La popularidad de las congregaciones es más importante hoy día y lo que las masas piensan de ellas; los aplausos y la adulación externa resultan más valiosos, aunque se ponga en entredicho el testimonio y la obediencia a Cristo.

2.7 Laodicea: autosuficiente y arrogante, pero le faltaba todo

El nombre de la ciudad fue puesto por su fundador, el rey Antíoco II en honor a su esposa Laodice. Dentro de los pueblos pertenecientes a la provincia romana de Asia Menor, “Laodicea llegó a ser la ciudad más rica (...) y uno de los centros comerciales más poderosos del mundo. Debido a su tierra fértil, sus rebaños producían una lana mundialmente famosa por su brillo y su color negro

azulado (Stam, 1992, p. 150). La industria textil era su primera carta de presentación, exportaban telas y tapetes muy lujosos, con lo cual generabas grandes ganancias, de modo que su poder económico iba aumentando y fortaleciéndose.

Su creciente actividad comercial, hizo atraer consigo otra industria importante en sus territorios, la banca. Pronto se convirtió en ciudad banqueros, eso consolidó su opulencia.

Su poder económico llegó a ser tal, que tras un terremoto devastador en los años 60 d.C., no necesitó de apoyo alguno de parte del imperio, fueron los propios ciudadanos quienes la reconstruyeron con sus propios recursos, pues, la gran mayoría de sus habitantes se habían vuelto muy ricos. Esta acción la hizo ganar fama, y pronto la noticia cruzó las fronteras y la colocó en un sitio de poder.

Dentro de otro tipo de actividades, Laodicea contaba con una importante “Escuela de Medicina, muy vinculada al templo de Men Carou, un dios sanador que más adelante se identificaría con Esculapio” (Mounce, 2007, p. 166).

Los médicos laodicenses eran reconocidos porque incursionaban en experimentar medicamentos novedosos. Ramsay (citado en Mounce, 2007), dice que:

Los médicos de Laodicea seguían las enseñanzas de Herófilo (330-250 a.C.) quien, siguiendo el principio de que las enfermedades compuestas requieren medicamentos compuestos, comenzó un extraño sistema de mixturas heterogéneas. Dos de las más famosas eran un unguento elaborado a partir de especia de nardo para los oídos, y un colirio de “polvo frigio” elaborado con aceite [para los ojos]. (p. 166)

Su conocimiento e incursión en la medicina, era un detalle que no escapaba a la vista de los habitantes provinciales, por eso el Señor más adelante la utiliza como analogía en su exhortación.

En términos generales, esta ciudad era famosa por sus grandes réditos, por eso se había convertido el lugar preferido para emigrar y poder cumplir sueños. Se registra en la historia que gran cantidad judíos y no judíos, emigraron hacia aquella ciudad, seducidos por las vides y su buen vino, como

también por sus relajantes baños. Todo allí, era un sueño placentero y monetario irresistible para cualquiera.

Este era el escenario donde se encontraba la iglesia cristiana. Ella misma se había vuelto opulenta, se había embriagado en la autosuficiencia, pero todo era un autoengaño, su realidad era todo lo opuesto. Vanni (1998) al referirse a ella, dice que: “se encontraba en un estado de enorme indigencia espiritual” (p. 37). Era una iglesia con sobreabundancia monetaria y material, pero miserable en virtudes espirituales.

Cristo se dirige a ella y se presenta como el Amén, el absolutamente fiel a toda promesa, invariable e inamovible, por tanto, digno de credibilidad; la antítesis de la actitud de esta iglesia. Pero también se presente como el Testigo fiel y verdadero, que significa nada menos que “el carácter digno de confianza de Cristo, en marcado contraste con la infidelidad de la iglesia de Laodicea” (Mounce, 2007, p. 168). Además, se presenta como el origen de todo lo creado; de donde proviene todo, incluida la vida, el trabajo y las riquezas.

Inmediatamente, da paso al diagnóstico; y es de notar que esta carta no contiene elogio alguno; los cristianos laodicenses, todos ellos se habían corrompido, por eso el Señor se dirige con mucha más severidad. Les dice: “Yo sé todo lo que haces. Sé que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apocalipsis 3:15-16 DHH). A diferencia de la mirada de todo mortal, el Señor ve lo que no puede el ojo humano. Todo es transparente en su escrutinio, por eso pone al descubierto la indiferencia y neutralidad de esta iglesia.

Aquí ocurre algo peculiar, pues, a las iglesias ya diagnosticadas, se les cuestiona su idolatría, su odio hacia el prójimo, su complacencia a las herejías, etc.; pero esta comunidad ha fallado de otra forma, “su pecado fatal era un problema de actitud: su confianzudo engreimiento, su tranquila indiferencia, creyéndose siempre cristianos ejemplares” (Stam, 1992, p. 152).

Esta forma de vida de la iglesia, causaba repugnancia al Señor y dueño de la iglesia, por lo que les advierte que estaba por vomitarlos de su boca.

¿Qué quería dar a entender con esta metáfora, que sin duda causó revuelo cuando los destinatarios la escucharon? Todo parece indicar que, el Señor utilizó las circunstancias propias de la ciudad para que el mensaje fuera lo suficientemente claro.

Resulta que Laodicea, era floreciente comercial y económicamente, pero carecía de agua potable; de modo que se habían visto forzados a construir acueductos para traer el vital líquido hasta la ciudad, la cual provenía de ciertas fuentes termales que se ubicaban en sus alrededores.

El problema de esos manantiales, era que contenían un alto grado de sustancias químicas muy sensibles al paladar humano, y además, por su ubicación cercana, cuando llegaba a la ciudad, aún se encontraba tibia; con esta combinación de circunstancias tibia-insípida, su consumo generaba náuseas.

Además, para completar la analogía utilizada por el Señor, la ciudad se ubicaba próxima a los poblados de Hierápolis y Colosas, las cuales tenían peculiaridades distintivas: la primera era famosa por sus aguas termales, generalmente hirvientes, por tanto, medicinales; mientras que en Colosas, sus aguas eran heladas, por tanto, sabrosas y refrescantes.

Esta explicación sugiere que, a la iglesia no se le estaba reprochando su temperatura espiritual, por eso dice ¡Ojalá fueres lo uno o lo otro!; pues, las aguas termales tienen la funcionalidad de medicinales y curativas, mientras que las aguas frías servían para hidratar y refrescar, además, por su pureza, eran aptas para el consumo humano.

No se trataba de reprochar ninguna frialdad espiritual, como se sugiere muchas veces, para exaltar el caluroso fervor espiritual. La congregación diagnosticada debía ser alguno de los dos polos, pero estaba en un intermedio, en la mediocridad, en la neutralidad.

Mounce (2007) dice: “la iglesia de la Odicea no estaba ofreciendo ni refrigerio para los espiritualmente cansados, ni sanidad para los de espíritu enfermo. Era completamente ineficaz y, por ello, desagradable para su Señor” (p. 170).

En definitiva, estaba viviendo en una completa pasividad, y su tibieza era un total acomodamiento al sistema idolátrico imperial; pues, una vida en completo seguimiento a Cristo, costaría perder la buena posición económica y la reputación autosuficiente. Como bien afirma Stam (1992) a respecto: “en tiempos decisivos y críticos, como los de Juan y los nuestros, ser mediocre y cobarde

es realmente vergonzoso y repugnante” (p. 153). En la vida cristiana no hay espacio para la pasividad y/o mediocridad, porque el discipulado de Cristo lo exige todo.

Luego, el Señor replica la triada de autoafirmaciones con los que los cristianos de Laodicea hacían alarde, decían ser ricos, también que se habían enriquecido con su propio esfuerzo, y, que nada les hacía falta.

Estos cristianos dejaban entrever su arrogancia, se sentían seguros debido a la prosperidad alcanzada, que, aparte del dinero y bienes, muy probablemente la prosperidad también se trataba de “la paz, el lujo, la tranquilidad, la buena fama, el tener el beneplácito de los gobernantes romanos” (Fuentes, 2014, p. 65). Se jactaban de que habían salido abantes solos, sin ayuda de nadie; vivían en la fantasía de ser ellos mismos los autores de su postiza felicidad. Y la firma de sus pensamientos engreídos era, asegurar que no les hacía falta nada; en otras palabras, fuera de sus riquezas, no pretendían necesitar absolutamente nada, ¿ni de Dios?

Pérez Millos (2010), dice: “Aquellos no tenían necesidad de pedir como había enseñado Jesús: el pan nuestro de cada día dánoslo hoy. La autosatisfacción material coloca a Dios al margen de la vida del autosatisfecho, porque no tiene necesidad de nada” (p. 308). La convicción de depender del Señor, había desaparecido en esta comunidad.

En esa soberbia seguridad de prosperidad sinigual, el Señor sin reparos se dirige a la congregación en primera persona del singular, les dice, [tú] eres un desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo; que creyendo tenerlo todo, te hace falta todo; directo, al grano.

Fuentes (2014) explica así:

No posees nada externo de verdadero valor (eres pobre), ni siquiera nada que te haga hermoso (estás desnudo), y además ni siquiera eres consciente de ello (eres ciego), por lo que ni puedes atinar a pedir perdón y a enmendar tu vida; por eso eres un hombre desgraciado, sin gracia, sin Dios. (p. 66)

Esta comunidad pasa de creer tenerlo todo, a saber, que le faltaba todo. Sin duda, esta es una magnífica advertencia del Señor para la iglesia de todos los tiempos.

Luego de la reprensión, viene el eminente consejo. De nuevo el Señor se vale de una analogía, utiliza características particulares de la ciudad para llamarlos al arrepentimiento; les dice: “(...) te aconsejo que de mí compres oro refinado, para que seas realmente rico; y de mí compres ropa blanca para vestirte y cubrir tu desnudez, y una medicina para que te pongas en los ojos y veas” (Apocalipsis 3:18 DHH).

Todo lo que les hacía falta, no era posible comprarlo con todo el dinero de los bancos de la ciudad; ni sus ropas, fabricadas con las lujosas y brillantes telas de color negro azulado podían esconder nada ante él, y, que ni los ungüentos y colirios que allí se fabricaban, eran suficientes para quitarles la ceguera.

Cada virtud que necesitaban, podían adquirirlas exclusivamente con el Señor, por eso el énfasis en la frase “de mí compres”; pues, la gracia divina es cara, es exclusiva.

Se les estaba diciendo que todo lo que poseían no solventaban su triste situación, debían depender exclusivamente del Señor, quien era la fuente de todo cuanto tenían.

La reprensión es bastante cruda y fuerte, sin embargo, provenía del ser más abundante en gracia, porque, sin ser impositivo, toca a la puerta para que le abran y se vuelvan a él, y en signo de la más honda gracia, invita a compartir de nuevo aquella relación íntima que habían abandonado por valores pasajeros.

La imagen de la invitación a la mesa que el Señor les estaba convidando, era bastante conocida en toda cultura del oriente antiguo, mayormente en la semítica. El compartir juntos la mesa con una comida, expresaba la más profunda e íntima amistad y confianza; esa era la invitación que el Señor estaba dando a esta iglesia que le había traicionado.

Finalmente, da una promesa para los que obedecieran, para aquellos que estarían dispuestos a dejar de ser mediocres y leales al imperio, a los que decidieran seguir radicalmente al Maestro, incluso hasta las últimas consecuencias; estos serían vencedores, triunfantes, tendrían el derecho de ser parte del Reino de Dios.

La condición de Laodicea, es tan real en el tiempo contemporáneo. Dios espera de los cristianos, que sean definidos no neutrales.

2.8 Esmirna: pobre, sin embargo, rica

Se decía de esta ciudad, por su singular belleza, “Esmirna, adorno, flor y corona de Asia” (Fuentes, 2014, p. 32). Su ubicación era una bifurcación de carreteras y un importante puerto, las cuales la hacían estratégica para el comercio.

Era la segunda ciudad imperial más importante, la primera era Éfeso. En ella, se habían construido relucientes templos, y tres sobresalían de entre todos, uno en honor a la diosa Roma, otro en honor a Zeus, y el que honraba a Tiberio, cuando este fue divinizado.

Contaba con un estadio, una prestigiosa biblioteca, y uno de los teatros más grandes de todo el imperio; en él se llevaban a cabo importantes representaciones musicales. La ciudad misma, era un verdadero centro cultural. Presumía haber sido la ciudad donde nació el famoso poeta griego Homero, por eso habían acuñado su imagen en las monedas locales.

Foulkes (citado en Stam, 1992), comenta que: “Sus pobladores fueron los primeros en hacer alianza formal con Roma cuando ésta comenzaba a surgir como superpotencia” (P. 92). Eso significa que su lealtad al imperio estaba bien cimentada, por ende, también el culto al emperador.

En esta ciudad vivía un grupo considerable de judíos, quienes contaban con una sinagoga, estos tenían mucha influencia con la élite política, debido a un significativo aporte económico dado para distintas obras arquitectónicas que contribuyeron al embellecimiento de la ciudad. Por esa razón, eran una verdadera maquinaria de hostilidad en contra de la iglesia cristiana; de allí, el calificativo de Sinagoga de Satanás.

La iglesia de Esmirna, fue una de las dos comunidades cristianas entre las siete, que no recibió reproche alguno.

El Señor se dirige a ellos con un título distintivo, en el que utiliza algunos rasgos que describen la situación en que esta congregación se encontraba. Se identifica como “el primero y el último, el que murió y ha vuelto a vivir” (Apocalipsis 2:8 DHH). Esta presentación evoca el contexto que la comunidad cristiana estaba viviendo, pues se encontraba en medio de una persecución tenaz. La

iglesia podía entender el título “el que murió”, a que ella misma podría encontrarse con la muerte por su fidelidad a Cristo. Pero les es prometida la vida, como lo fue el caso de Cristo, quien tuvo que pasar por el episodio tortuoso de la muerte, pero resucitó.

Hay quienes dicen que quizá el propio nombre de la ciudad, fue vinculado con el contexto de esta comunidad, pues “el mismo nombre Esmirna, era popularmente asociado con la palabra "mirra", el bálsamo de la muerte” (Doukhan, 2008, p.32).

La situación de esta congregación no era nada fácil, pero el Señor sabía muy bien acerca de cada una de sus tribulaciones, les dice: “conozco tus sufrimientos y tu pobreza, ¡sin embargo eres rico! Sé cómo te calumnian los que dicen ser judíos pero que, en realidad, no son más que una sinagoga de Satanás” (Apocalipsis 2:9 NVI). Su realidad precaria, no constituía su verdadera identidad; la identidad verdadera la dictaminaba el Señor.

Los cristianos de Esmirna estaban viviendo una “atmósfera de antagonismo, era probablemente muy difícil para ellos poder ganarse la vida, y por ello, muchos estaban en la más absoluta miseria (...) no obstante, su pobreza era solo material: espiritualmente eran ricos” (Mounce, 2007, p. 125). Situación inversa a la iglesia Laodicense, quien presumía tenerlo todo, pero no tenía nada.

Esa situación antagónica es elogiada por el Señor, no hacía falta enumerar cada una de sus virtudes, porque su firme convicción y lealtad a Dios, lo decía todo de ellos. Por tanto, la pobreza era consecuencia de no haber buscado seguridad y prosperidad, al hacer alianzas con el imperio. Además de su estrechez económica, esta comunidad de fe, como bien explica Kikenhauser (1969), estaba siendo:

Víctima de hostilidades, en particular de parte de los judíos, que calumnian a los cristianos ante sus conciudadanos paganos, e incluso ante la autoridad, presentándolos como agitadores. A consecuencia de estas falsas acusaciones, la comunidad se halla bajo la amenaza de una grave persecución, durante la cual se llegará hasta encarcelar a algunos de sus miembros. (p. 68)

A estos inmisericordes judíos, el Señor los denominó Sinagoga de Satanás, puesto que eran opositores de Cristo y de los intereses de Dios. Estos, aparte de ser de clase alta, tenían diversos privilegios de parte del estado, por ejemplo, estaban exentos al culto imperial; en este sentido, Stam (1992) considera que este era uno de los motivos para hostigar a los cristianos, pues temían también ser obligados a participar al culto al emperador, por el rechazo que los cristianos mostraban a esta práctica. Por otro lado, Mounce (2007) opina que:

Las causas fundamentales de la hostilidad de los judíos hacia los cristianos eran, por un lado, su convicción de que adorar a un carpintero galileo que murió como un criminal era una blasfemia, y por otro, el éxito evidente que éstos tenían en su evangelización de los prosélitos e incluso de algunos dentro del propio judaísmo. (p. 125)

Otros opinan que, las enérgicas denuncias de los judíos contra los cristianos, era para acusarlos de agitadores de la ciudad, aunque estas acusaciones eran solamente infundadas.

Sea cual fuere el verdadero motivo del hostigamiento, lo que sí es evidente, es que estos judíos buscaban afirmar su lealtad al imperio, y como consecuencia mantener su seguridad, su estatus económico y social, y el fin último que perseguían, era provocar que autoridades romanas emitieran decisiones en contra de los cristianos.

Así las cosas, el haberle tocado ser pobre dentro de una ciudad rica, ya era demasiado para la iglesia; y además ser calumniados por los judíos y perseguidos por las autoridades romanas, eran motivos suficientes para renegar su fe. Pero este no era el caso de esta radical iglesia, con todo, se mantuvieron firmes. Ellos eran el ejemplo de lo que es contracultura.

Esta iglesia ejemplar, merecía el mayor de los elogios de parte del Señor, pero lo que hace Cristo dejaría estupefacto a cualquiera, en vez de alabarlos por su fidelidad inamovible, les promete que pronto se encontrarían con más pruebas, les advierte: “No tengas miedo de lo que vas a sufrir, pues el diablo meterá en la cárcel a algunos de ustedes, para que todos ustedes sean puesto a prueba; y tendrán que sufrir durante diez días” (Apocalipsis 2:10 DHH).

Esta comunidad no recibe promesas dulces al oído, no se le dice que sería la iglesia más exitosa o popular, tampoco que estarían exenta de tribulaciones; más bien se le asegura que está por venir la peor de las crisis, por lo que debía estar lista y firme hasta la muerte.

Esta fidelidad hasta las últimas consecuencias, tendrá como recompensa la corona de la vida; no una corona como el que se otorgaba a los ganadores de los juegos olímpicos de esa ciudad, ni como la corona que portaba la diosa Cibeles, cuya imagen estaba grabada en las monedas locales, sino una dada por el Rey y Señor del universo.

Esta congregación al salir triunfante –incluso si llagaba a ser martirizada- no experimentaría el trago amargo de una segunda muerte, estaría exenta de la separación de la presencia de Dios. Mientras que los pobladores leales al imperio, incluidos los judíos, no tendrían la misma dicha que los cristianos leales al Señor.

Esta iglesia que parecía pobre, era realmente rica; económicamente estaba afligida y aún con calumnias y persecuciones, más no renegó su fe, ni hizo componendas para tener una vida más cómoda y sin problemas con el estado.

Contra todo pronóstico adverso, sin una buena imagen y sin pretender ser un modelo para las demás congregaciones de la provincia, el Señor no encuentra nada que reprocharle. Stam (1992) comenta:

La congregación de Esmirna no era "mejor" por tener más miembros, mayor presupuesto o mejores métodos y programas. Era una iglesia pobre en lo externo, pero rica en valores morales y espirituales. Era una iglesia débil, pero de convicciones fuertes. En su debilidad era poderosa con la fuerza del Resucitado. (p. 97)

La realidad no siempre es lo que parece, no es lo que el hombre considera correcto; el Señor es quien tiene la sentencia última y verdadera respecto de su iglesia.

¿Cuáles serán los parámetros contemporáneos, que las comunidades de fe validan para definir que una iglesia sea ejemplar, modelo, y que se catalogue como triunfante?

¿Será una que aparenta y se ve así misma exitosa y pujante como Éfeso y Laodicea? ¿O más bien una similar a Esmirna?

2.9 Filadelfia: débil, sin embargo, fiel

Demográficamente era una ciudad pequeña y la menos importante en comparación a las otras seis ciudades de la provincia de Asia Menor. La procedencia de su nombre se debe a su fundador, Atalo II Filadelfo, un destacado general que luego se convirtió en uno de los reyes de Pérgamo. Filadelfia significa Amor Fraterno.

A Filadelfia se le denominó ciudad llena de terremotos, debido a que sufrió muchos sismos que la destruyeron, y que, a pesar de haber sido reconstruida varias veces (tres, sugieren varios historiadores), las réplicas sísmicas continuaron durante muchos años, de manera que los habitantes que no emigraron, construyeron improvisadas cabañas en las afueras, pues, quedarse dentro de la ciudad representaba estar reparando y reforzando los daños casi permanentemente. Además, los ponía en riesgo eminente, lo que constituía una forma de vida muy accidentada.

Por lo demás, su ubicación era una llanura fértil, y su actividad principal era la agricultura, mayormente el cultivo de vides. Por eso, su principal culto era en honor a Dionisio el dios del vino. Este culto consistía en emotivas expresiones religiosas, extáticas, sensuales y orgiásticas, donde la embriaguez era parte integrante de esta devoción. A todo este conjunto de actividades se le denominaba Bacanales, concepto derivado del nombre del templo dionisiano llamado Baco.

Entre las muchas cualidades de esta ciudad, la más significativa era sus múltiples templos y la diversidad de festividades religiosas, con las cuales se ganaría el título de La Pequeña Atenas o Atenitas. Cuando se construyó el templo dedicado al culto imperial, “Filadelfia fue honrada con el título de Neocoros [que significa] guardiana del templo [o guardián de las puertas]” (Mounce, 2007, p. 156). Este particular título, el Señor lo refutaría con su presentación, porque quien tiene las llaves de toda puerta, no era una ciudad, ni los gobernantes, ni cierta religión, sino él.

En esta ciudad también había una significativa e importante colonia judía con influencia en el gobierno local. Contaban con su sinagoga, y debido a su incesante asedio contra los cristianos, también se habían ganado –de parte del Señor- el calificativo de Sinagoga de Satanás.

En este entramado pagano y hostil, se encontraba la iglesia, a la que Cristo se dirige como el Mesías, por eso el triple título, el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David. Era una clara refutación, hacia la falsa afirmación judía que decía, que Cristo era un mesías impostor.

Al igual que la carta remitida a la congregación de Esmirna, esta tampoco contiene represión alguna, más bien, sus líneas están cargadas de elogios y promesas; el Señor les dice a los cristianos de Filadelfia: “Conozco tus obras. Mira que delante de ti he dejado abierta una puerta que nadie puede cerrar. Ya sé que tus fuerzas [*Dunamis*] son pocas, pero has obedecido mi palabra y no has renegado de mi nombre” (Apocalipsis 3:8 NVI).

Es interesante que, uno de los atributos con los cuales el Señor se presenta (quien tiene la llave de David), sea a la vez promesa inmediata para esta comunidad cristiana; define con ello lo que serán y harán. Estaba diciendo que no era la ciudad la guardiana de las puertas, sino Cristo es quien tiene las llaves de todo el universo y del Reino de los cielos, por lo que, a la iglesia de aquel lugar, le es prometida que la puerta abierta frente a ella, nadie podría cerrarla.

Además, con esta afirmación divina, se rebatía la presuntuosa y arraigada idea judía, que a ellos solamente les pertenecía el Reino de Dios, por su descendencia davídica.

El Señor deja claro que los cristianos de Filadelfia, tenían la puerta abierta para entrar y permanecer dentro de su Reino, a pesar de que muchos de ellos “habrían sido quizás excomulgados de la sinagoga” (Mounce, 2007, p. 158). Quedaba claro que ser parte de su Reino, no se trata de un asunto de raza o religión.

Además, esta promesa (de la puerta abierta), “sugiere que se refiere a una puerta de oportunidad misionera” (Stam, 1992, p. 137).

La cualidad única, pero suficiente de esta comunidad de fe, fue su fidelidad. Había permanecido fiel a la Palabra de Dios, y a pesar del hostigamiento de los judíos y la persecución imperial, no había negado su fe, tampoco habían cedido a la tentación de hacer componendas, para vivir tranquilamente.

Stam (1992), plantea con mucho tino que: “el tiempo aoristo de los verbos "has obedecido" (*etérésas*) y "no has renegado" (*ouk érnéso*) se refieren probablemente a algún momento específico de prueba en que los cristianos de Filadelfia resistieron la tentación de acomodarse al culto

imperial” (p. 141). Y es que, ser cristiano no significa que se es inmune a las tentaciones; la clave para vencerlas es la obediencia y dependencia total al Señor, que el creyente permita que él tenga el control pleno de su vida.

Además, Cristo reconoce de esta congregación que tiene poco poder. Algunos sugieren que esta alusión se refiere a que su número era insignificante y a la vez, no habían causado algún impacto significativo que mereciera reconocimiento a la vista de la población local. Otros proponen que el poco *dunamis* de esta iglesia, se refería a su escasa fuerza y poder para obrar milagros; habían ocurrido pocos sucesos extraordinarios que pudieran llamar la atención de las demás congregaciones que presumían ser poderosas.

Con todo, estos cristianos se mantuvieron firmes a las enseñanzas de la Palabra del Señor, y sin renunciar a la fe en él. Esta comunidad cristiana confirma que “Cristo no llama, en primer término, a ser poderosos ni “exitosos”, sino a ser fieles” (Stam, 1992, p. 136).

Esta carta, también contiene una promesa con un tono fuerte en contra de la sinagoga judía: “Yo haré que los de la congregación de Satanás, los mentirosos que dicen ser judíos, vayan a arrodillarse a tus pies, para que sepan que yo te he amado” (Apocalipsis 3:9 DHH).

Esta promesa clarifica que Israel, es un término teológico y no étnico; se trata de la iglesia del Señor en todo lugar y tiempo. De modo que, al final de cuentas, los judíos que se consideraban únicos herederos de las promesas de Dios, reconocerían que la iglesia es el Pueblo verdadero de Dios, a quien él ha amado.

La congregación filadelfa, era una comunidad cuya carta de presentación siempre fue, ser una que se mantuvo alrededor de la Palabra, fiel y constante hasta las últimas consecuencias. Por lo que se le promete que será guardada, pues se le anticipa que estaba por atravesar mayores y más graves tribulaciones.

Culmina la misiva con la recomendación de guardar lo que se tiene; pues al salir vencedores, se les daría una corona, una metáfora al insigne premio que en ciudades como Filadelfia se otorgaba a los ganadores de festivales y juegos.

A quienes triunfaran les da una promesa con dos aristas: llegarían a ser columnas del templo de Dios y que nunca saldrían de allí. La primera parte es “una figura literaria muy corriente en la mayoría de idiomas. Transmite la idea de estabilidad y permanencia” (Mounce, 2007, p. 162). La segunda referencia hacía alusión a las vivencias constantes de los lugareños, que, por motivos de los constantes terremotos, había perdido sus casas y salido de la ciudad a refugiarse en las afueras; esto no sucedería con los victoriosos, pues estaría seguros con el Señor; es más, estos, por su fidelidad inamovible “serán columnas reforzadas a prueba de terremotos” (Stam, 1992. P. 143).

El Señor afirmaba que, aunque aparentaban debilidad, en esencia eran fuertes.

Esta congregación era verdaderamente ejemplar, no se le reprocha defecto alguno. Su insignia era su inflexible fidelidad al Señor. Además de esta característica positiva, poseía otra que no sería – a la vista contemporánea- un atributo digno de una iglesia modelo: carecía de poder, o al menos tenía poco. Sin embargo, con esta cualidad aparentemente desfavorable, el Señor confirma que lo que hace proba a una comunidad cristiana, no son los portentos y milagros que ocurren en ella, tampoco su éxito en términos numéricos (económicos o de feligresía), ni su popularidad y presencia mediática; antes que todo eso, lo que espera Cristo de su iglesia, es que le sea fiel; lo demás es ganancia, no su razón de ser.

Después de veinte siglos, la iglesia no ha cambiado mucho en la manera en que se auto percibe. No es aventurado decir que, un diagnóstico del Señor de su iglesia en el siglo XXI arrojaría, si no iguales situaciones, peores. Sobre todo, cuando esta se desarrolla en contextos de aparente calma. La tranquilidad de la iglesia no sugiere necesariamente que está bien, más bien podría ser un síntoma de lo mal que se encuentra en su interior.

Por eso, las travesías de crisis, el Señor las utiliza como herramienta para un diagnóstico revelador del estado de la iglesia. Las crisis, son contextos óptimos para la reflexión concienzuda y sincera, y, para que, con una actitud humilde, se encamine a la reingeniería necesaria, comenzando con volverse a él, y volver a la fuente de la fe, Su Palabra.

3. Diagnóstico de la iglesia guatemalteca del siglo XXI

Basta un pequeño recorrido –intencionado- en las anchas avenidas cibernéticas, para encontrarse con la floreciente presencia de congregaciones cristianas evangélicas a lo largo y ancho de la red, pues, hace poco “la iglesia se ha hecho relevante en las redes sociales” (Miró, 2020, p. 4). Sin embargo, es más sorprendente cuando el recorrido se hace en las calles de tierra y cemento de los poblados guatemaltecos, pues se ve la gran cantidad de templos evangélicos con los que se encontrará en una misma colonia, y a veces, en una misma manzana.

El evidente crecimiento de la iglesia evangélica guatemalteca y su presencia en todas las zonas urbanas y hasta la más recóndita de sus aldeas, ha hecho que ya no se tenga ni el más vago recuerdo de aquella época cuando, la apertura al protestantismo era considerado como quien comete un delito, y ser cristiano era equivalente a ser criminal; cuando la inquisición hacía de las suyas a cuanto sospechoso o parecido al pensamiento protestante encontraba.

Aquellos añejos acercamientos al protestantismo en las costas fronterizas de Izabal y Belice, las cuales eran, más bien asuntos comerciales que de fe, no se recuerdan. La llegada del inglés Federico Crown a tierras Verapacenses en 1843, en su colorido viaje en mula y su cauto trabajo misional, a veces se le ve como leyenda. Y qué decir de cuando el Presidente Justo Rufino Barrios, en 1882, autorizara que el misionero Jhon Clark Hill viniera a Guatemala y estableciera oficialmente el cristianismo evangélico. Todo ha quedado solamente como historia, historia que muy probablemente no conocen las generaciones cristianas actuales, las que se mueven en medio de conceptos como iglecrecimiento o establecimiento del Reino; las que mueven masas en sus constantes congresos o conciertos musicales, y quizá, tampoco la conozcan la mayor parte del cristianismo evangélico del país.

Hoy día se habla de Guatemala, tanto localmente como fuera de las fronteras, como uno de los países con mayor número de cristianos, con una gran cantidad de denominaciones y templos, de instituciones que apoyan las causas sociales, etc., desde que legalmente se declarara la libertad de culto.

Sin embargo, con todo su crecimiento numérico, su extensa presencia geográfica y mediática, y su parafernalia litúrgica, virtudes todas dignas de encomio (elogio); puede que el Señor se acerque a ella, con su gracia característica y le diga: “pero tengo una queja en tu contra” (Apocalipsis 2:4 NTV).

3.1 Sorpresiva crisis pandémica

En la historia de la iglesia, se registra una inmensa cantidad de situaciones críticas que ha atravesado en el devenir del tiempo; desde persecuciones, martirio, catástrofes naturales, conflictos bélicos, crisis económicas, de salubridad, etc. En su mayoría, impensables o poco probables en la realidad postmoderna.

En el caso de la iglesia guatemalteca, se pueden resaltar dos eventos críticos que la afectaron: el terremoto de 1976 y el conflicto armado interno que tuvo un lapso de más de tres décadas. El primero diezmó la vida de un promedio de veintitrés mil personas; mientras que, en el segundo, según el Informe Guatemala Memoria del Silencio (1999) dice que:

La Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH) registró un total de 42,275 víctimas, incluyendo hombres, mujeres y niños. De ellas, 23,671 corresponden a víctimas de ejecuciones arbitrarias y 6,159 a víctimas de desaparición forzada, de las víctimas plenamente identificadas (...), el saldo en muertos y desaparecidos del enfrentamiento fratricida llegó a más de doscientas mil personas. (p. 21)

Dentro de esta agria realidad, un gran número de miembros de congregaciones, pastores, evangelistas, obreros, fueron asesinados, desaparecidos y secuestrados.

Ahora bien, ya iniciada la década de los dos mil, con el derrumbe de las fronteras a causa de la globalización, el avance y expansión de la digitalización, el aumento de las zonas urbanas, por mencionar algunas características, hizo que los habitantes guatemaltecos, y por ende, las comunidades de fe, comenzaran a vivir en una especie de relajamiento, esto debido a los distractores que trajo consigo el internet, como también –en cierto modo- por la resignación que se adoptó, en cuanto a vivir en un contexto de inevitable violencia y de corrupción, ocasionados por

las pandillas y grupos organizados, como también la decepción a la política pública. Acomodos característicos de la era postmoderna.

Así las cosas, se culminaba el año 2019 con una gran cantidad de eventos por parte de la iglesia evangélica en cada uno de los departamentos del país, entre campamentos, congresos, conciertos, escuelas bíblicas de vacaciones, y, eventos proféticos que proclamaban el buen futuro que llegaría junto con el 2020.

A pesar de que se escuchaba –y veía- en los distintos medios de comunicación, acerca del brote de un nuevo virus en Wuhan China, y que se pronosticaba su propagación global; en suelo guatemalteco se le veía como improbable, como una posibilidad remota. Sin embargo, tres meses después, lo improbable se hizo realidad, y este mal trajo consigo una serie de crisis que se avizoraron inacabables.

Pronto, como lo describe Roper (2020):

Lo que nadie podía pensar se [había] hecho realidad: la paralización de un día para otro de toda actividad económica a nivel mundial, excepto los servicios esenciales. El mundo moderno estaba tan confiado en sus logros y avances tecnológicos, tan obsesionado con una economía de crecimiento ilimitado, que la actual pandemia del coronavirus ha sido un golpe brutal, que ha dejado noqueado el sistema actual, con su ritmo vertiginoso de actividades empresariales y afluencia de personas de un lugar a otro del mundo. (p. 15)

Se creía que este tipo de males habían sido superados, debido al exponenciación de los avances científicos y la creación de medicamentos de última generación.

El pensamiento contemporáneo veía como ficticias las epidemias de grandes magnitudes, se había asumido “que esto pertenecía al pasado remoto, al tenebroso mundo medieval con sus pestes y plagas; o que se reducía a los países pobres, y dentro de estos, a los parias de la sociedad” (Roper, 2020, p. 16). Parece que no se recordaba que el ser humano en general, no está exento de precariedades.

Pero pronto, se pasó de la incrédula ficción a la cruda realidad, y esto vendría a develar muchas realidades. La pandemia -con sus demás crisis-, vino a servir como un instrumento en manos del más experimentado radiólogo, para poner en evidencia las virtudes y las falencias, lo que está bien y mal en el accionar de la iglesia en el país, para poder así, generar los cambios pertinentes.

3.2 Contexto pre-Pandemia

Una relativa calma era el escenario de la iglesia guatemalteca, los proyectos se estaban encaminando de forma progresiva, como se había hecho en las ya casi dos décadas del siglo XXI. En ese sentido, se puede analizar a la iglesia desde algunos ámbitos, como su crecimiento, su nivel teológico y bíblico, su situación litúrgica y eclesiástica, su incidencia en la sociedad, tanto a nivel ético como su aporte social, entre otros aspectos. Esta parte podría considerarse como la parte encomiable de la iglesia.

3.3 Ambiente eclesiológico y litúrgico

Para los años ochenta, el crecimiento de la iglesia evangélica estaba en ascenso, crecía como la espuma. La labor evangelizadora era tal, que no hacía falta lugar donde hubiera una campaña evangelística.

Sin embargo, a partir del nuevo siglo, la iglesia sigue –aunque lento- creciendo, o quizá, se ha mantenido sin decrecer, esto por razones variadas, una de ellas es debido al retorno de las espiritualidades de carácter más subjetivas.

A falta de datos oficiales actualizados, Contreras (2015) comparte importantes datos: “Según la medición efectuada en abril último, el 45 por ciento de guatemaltecos afirma que profesa la religión católica; el 42 por ciento dice ser evangélico; un 2 por ciento indica pertenecer a otras denominaciones y un 11 por ciento no profesa ninguna religión” (s. p.).

Porcentualmente, el número de cristianos es bastante grande, si acaso está todavía lejos de ser la mitad de la población total, sí está por encima de un tercio. La evidencia es la presencia de denominaciones que cuentan con centenares de congregaciones en todo el país, algunas de ellas tienen presencia de hasta tres congregaciones en un solo municipio. También se puede notar el crecimiento de las denominadas Mega iglesias, en las zonas más urbanas del país.

Se puede decir que el contexto previo a la pandemia del coronavirus, la iglesia evangélica guatemalteca era, numerosa y en crecimiento.

Si el número de cristianos es grande, eso sugiere necesariamente que la cantidad de recintos para su reunión –templos- es también considerable.

Llama la atención lo que Hurtado (2007) decía a respecto:

Se puede decir que en Guatemala se levanta un templo evangélico por cada 741 personas; que hay 818 por cada departamento, y que en lo que va del año, se creó una docena de iglesia por mes. También es posible comparar que existe casi la misma cantidad de escuelas públicas que templos protestantes, y que, como las tiendas de barrio, se les encuentra por todas partes (...) Aunque la religión católica sigue siendo mayoritaria en Guatemala, es innegable que se ha vivido un crecimiento espectacular de la iglesia evangélica, que hace que Guatemala la estudie como un fenómeno. (p. 14)

Casi todas las comunidades cristianas, tanto en las áreas urbanas como rurales, cuentan con un templo o tienen en proyecto su construcción.

Hay edificaciones prominentes que cuentan con distintos ambientes, como salones para educación cristiana, oficinas para sus distintas organizaciones, parqueo, cocina, canchas deportivas. Otros cuentan con auditorios menores, para reuniones más pequeñas.

Además, muchos de estos templos o congregaciones, cuentan con sofisticados equipos de audio, iluminación, equipo de video, multimedia, como también instrumentalización musical. Toda esta infraestructura y equipamiento, ha contribuido al movimiento económico del país.

En el tema de la misión y liturgia, la iglesia pre pandemia, era muy activa. Los cultos en cada comunidad de fe eran imparables; aparte de las reuniones dominicales, las cuales concentraban a la mayoría de los miembros, había más reuniones durante la semana. En el caso de las iglesias del interior del país, muchas de ellas tenían servicio todos los días.

También se llevaban a cabo otra serie de actividades como retiros, seminarios, congresos, conciertos, aniversarios de organizaciones internas o directivas, entre muchas más.

Muchas de las congregaciones aportan para este tipo de eventos, agrupaciones musicales, muchas de ellas con una trayectoria muy reconocida, como también conferencistas de todo tipo y de diferentes edades.

3.4 Ambiente bíblico-teológico

A pesar de los problemas nacionales, respecto a la dificultad de acceso a la educación en los niveles necesarios, la iglesia guatemalteca, o por lo menos la mayor parte de ella, se ha esforzado por instruir de manera básica a sus obreros y/o pastores.

Una buena parte de denominaciones, cuenta con su propio instituto o seminario bíblico, quienes capacitan durante cierto tiempo a los aspirantes al ministerio pastoral.

Otros establecen como requisito, un proceso de tres años mínimos, para luego enviarlos al campo de la misión pastoral. Esto representa una ventaja importante para la enseñanza bíblica en las comunidades de fe. Además, aunque el número es aún escaso, muchos ya en pleno ejercicio pastoral, han emprendido otros niveles de aprendizaje teológico por cuenta propia, lo que beneficia no solo de manera personal, sino finalmente a la congregación y a la iglesia en general.

3.5 Ambiente ético y social

Uno de los objetivos de las iglesias locales, es que sean una influencia transformacional para las comunidades donde estas se encuentran.

En ese sentido, la iglesia guatemalteca ha tenido un aporte significativo en varios temas. Uno de ellos es su aporte –de diversa índole- a instituciones como orfanatos, asilos de ancianos, hospitales, centros preventivos, centros de rehabilitación, familias vulnerables, jóvenes en conflictos con la ley.

También se ha encaminado en proyectos que benefician a comunidades de escasos recursos, como entrega de víveres, ropa, jornadas médicas, construcción de viviendas, entre otras iniciativas. Esto se hace más notorio cuando ciertas comunidades o colonias del país, se ven en catástrofes naturales y otras similares.

Su aporte a la educación también ha sido notorio, con el establecimiento de colegios y algunas universidades.

También ha estado presente en movimientos que defienden a la familia como institución divina, de modo que ha luchado para que se mantenga el modelo de familia donde haya un padre y una madre, y que únicamente estos puedan tener el derecho de educar a los hijos, en cuanto al tema de la sexualidad se refiere.

A la vez, ha presentado varias iniciativas que buscan luchar en contra de la legalización de los matrimonios igualitarios, la ideología de género, y del aborto.

3.6 Contexto intra-Pandemia

La iglesia guatemalteca –en un gran porcentaje- tiene la peculiaridad de ser más reactiva que proactiva. Con esta característica, y con el conocimiento que tenía de la existencia del nuevo virus en el continente asiático, se encontró en por lo menos, tres momentos críticos.

El primero fue, que comenzó a reaccionar con escepticismo ante la cruel realidad, y con una falsa seguridad, la llevó a pronunciarse en distintos medios, mayormente digitales, en los que rápidamente hizo notorios sus argumentos.

Una de las consignas que abrazó con fervor, fue que el país está cubierto con la sangre de Cristo; también decía que existe una bendición inherente por el apoyo al Estado de Israel, por ende, esta alcanzaba como protección ante cualquier plaga, peste y/o enfermedad.

Otros más aventurados, bajo la autoridad apostólica que ostentan, salieron con un mensaje elocuente de cancelación de la enfermedad en el país, por los decretos que estos hacían.

Así las cosas, el 14 de marzo de 2020, el presidente de la República de Guatemala, Alejandro Giammattei, anuncia que “las actividades religiosas quedan prohibidas (...) hago un llamado a quienes profesamos nuestra fe, a que sigamos los servicios religiosos en internet, radio o televisión” (Escobar y Chumil, 2020, s. p.).

Esta noticia, única en la historia reciente del país, fue como balde de agua fría para la iglesia en general. A esta decisión, se sumó la restricción de circular libremente por las calles después de cierto horario, el cual aplicaba a los veintidós departamentos del país.

Aquí iniciaba un segundo momento crítico para la iglesia, pues se encontraría cara a cara con la realidad que había renegado, y pronto, comenzó a desmoronarse aquella falsa seguridad.

Lo siguiente fue que, se comenzó a adoptar una especie de delirio de persecución. Muchas predicaciones, así como publicaciones en las redes sociales, decían que había iniciado una persecución sistemática de parte de una agenda global en contra de la iglesia. Especulaciones infundadas que pronto se hicieron virales y se convirtieron en temas recurrentes en las pláticas cotidianas.

Otros, un poco más cautos, pero ofuscados ante el cierre de los templos, y huérfanos de la institucionalidad de la iglesia, hicieron presencia en las redes sociales con una bandera que llamaba a guardar la calma en el tiempo de cuarentena, citaban: “Ve, pueblo mío, entra en tu casa y cierra las puertas detrás de ti. Escóndete un poco, hasta que pase la ira del Señor” (Isaías 26:20 DHH). El drama ante el cierre de los recintos de culto se hizo más sensible, y pronto la reacción fue más positiva.

La inconformidad, como un tercer momento crítico, hizo que la gran mayoría de congregaciones se moviera –en cierto modo- de su zona de confort. Una de las primeras acciones inquietantes fue, la migración de un espacio físico a uno virtual. Los liderazgos comenzaron a transmitir predicaciones desde sus casas y luego, cultos más elaborados desde los templos.

Con el paso de los meses, y por haber sido uno de los países últimos donde la pandemia hizo presencia, se comenzó a adoptar las medidas de contingencia –que otros países ya habían puesto en marcha- para la vuelta a las reuniones presenciales. Algunas certeras y otras no muy cautas.

Con todo, esta situación crítica y de cambios apremiantes, a la vez que necesarios, ha venido a poner en evidencia, muchas falencias en el ser y quehacer de la iglesia a nivel general, pero particularmente la guatemalteca.

Sin ser, el contexto pandémico un castigo divino, como sugieren muchos, sí ha sido una herramienta útil en manos del más docto radiólogo, no solo para hacer un diagnóstico mesurado de su iglesia, sino para que se encamine a una reingeniería de fondo y de forma, con el fin de ser

verdaderamente, aquella institución a la que Cristo mismo llamó en la ciudad de Cesaréa de Filipos, Mi iglesia.

En ese sentido, este análisis, sin tener ninguna pretensión arrogante, ni una crítica negativa en torno a la iglesia, pues se apoya en el aporte pedagógico de las cartas a las congregaciones de Asia Menor, hace que sea inevitable pensar que en medio de esta crisis, el Señor se ha acercado de nuevo a su iglesia, con amor y gracia, para decirle: “pero tengo una queja en tu contra” (Apocalipsis 2:4 NTV).

3.7 Ambiente eclesiológico y litúrgico

Una cualidad sobresaliente de la iglesia guatemalteca ha sido su activismo imparable. Como una máquina aceiteada, esta venía promoviendo gran cantidad de actividades *ad internum*. Aparte de las reuniones habituales (cultos), dominicales y de entre semana, promovía congresos, la mayoría de carácter motivador para el emprendimiento y liderazgo; conciertos con un repertorio de artistas nacionales e internacionales, y también congresos y seminarios proféticos, entre otros.

Pero ocurre algo desde el momento en que las puertas de los templos quedaran cerradas. Fue como si se hubiese puesto en un brete a su activismo, y, por ende, a su fe. ¡Cosa triste!

El contexto de restricciones, develó que la iglesia se había vuelto templista, es decir, el edificio de reunión –sin darse cuenta, o quizá sí- se había convertido, en el mejor de los casos, en sinónimo de iglesia, y en el peor, en sinónimo de presencia de Dios.

Para explicar esto, hay que recordar que la iglesia en sus comienzos, se reunía en casas particulares; pero tan pronto pudo, adquirió lugares de culto, no como espacios sagrados, sino consagrados para la adoración a Dios, para el aprendizaje de la Palabra, y para la comunión y edificación entre hermanos. Con el tiempo, se sacralizó el concepto iglesia-templo, y como resultado, la concepción de iglesia como comunidad se fue difuminando.

La actual crisis y el cierre de los templos, vinieron a develar que era inmensa la devoción al templo, porque se le veía como sinónimo de presencia de Dios, y no un lugar para la comunidad de

creyentes, por eso la añoranza y la urgencia de volver a ellos. La gran paradoja, es que no se extrañaba con la misma efusividad y vehemencia al hermano que se dejó de ver.

Los edificios deben facilitar la vida y el culto de una comunidad, en una colonia, barrio, pueblo, ciudad, más no debe verse como el único lugar donde se puede adorar a Dios o se le puede encontrar; y menos creer que solamente allí habita.

El Templo no es iglesia, ni es presencia de Dios. La iglesia es, donde Cristo está presente, y lo es, donde sea que esta se encuentre. Porque, ¿de qué sirve el tamaño o la belleza del templo, si la gloria de Dios no está allí? Debe tenerse claro que presencia de Dios, va más allá de manifestaciones carismáticas; presencia de Dios es el testimonio de su gloria a través del amor, la misericordia y la gracia mostrada en la provisión a viudas, huérfanos, pobres y todo tipo de necesitados.

Por eso, este es un momento propicio para que el cristiano comprenda lo que realmente significa iglesia; Jesús mismo dijo que “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20 LBLA). Con esta afirmación del Señor, se tiene la pauta de que el mínimo numérico para ser iglesia es dos o tres, eso sí, con la condicionante de que estén reunidos “en su nombre”, que vivan haciendo su voluntad y viviendo según su carácter.

Entonces es allí, en la familia, donde inicia la iglesia, porque la iglesia no es iglesia mientras los hogares no lo sean.

La incompreensión de esta verdad, hizo que innumerables cristianos, demasiado encariñados con el templo, utilizaran como estandarte el texto de la carta a los Hebreos que dice: “No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca” (10:25 NVI). Este texto no invita a participar de reuniones solamente, porque iglesia es más que solo eso; invita a no dejar de ser parte de una comunidad. Porque más que una experiencia grata y momentánea, comunidad es volverse parte de los demás, donde todos se duelen cuando alguien sufre; se acompaña en apoyo y en gracia.

Sabiendo esto, el distanciamiento físico no es impedimento alguno, ni para dejar de vivir en comunidad, ni para la fe, tampoco implica estar lejos de la presencia de Dios. Siendo así, el regreso a los espacios de culto, deberá ser un escenario de grato reencuentro, para ver con alegría a los que estuvieron ausentes físicamente.

Ahora bien, en cuanto al ámbito litúrgico, la iglesia también evidenció su realidad, y no necesariamente es positiva.

Una falencia que vino a mostrar esta crisis, fue la excesiva dependencia de los feligreses hacia los liderazgos personales, que sumado a la falta de conocimiento bíblico, hizo que se sintieran huérfanos e imposibilitados para ciertas celebraciones, por ejemplo la Cena del Señor; ya que se había consolidado la enseñanza que, solo un ministro ordenado está facultado para su realización, ignorando el Sacerdocio Universal de los creyentes, el cual aclara que en las familias, cada uno tiene la capacidad y autoridad de bendecir a otros en los diferentes momentos de vida.

Por otro lado, hay cierta razón cuando algunos críticos del cristianismo dicen que, la iglesia evangélica está decreciendo, porque se ha vuelto radicalmente superficial, entre muchas otras razones. Otros como Vargas Llosa (2014), dice que últimamente el cristianismo tiene cierto rebrote y está proliferando, pero que se ha convertido en simple espectáculo, pues se promueve por medio de publicidad chillona y a veces de mal gusto.

Que la liturgia cristiana sea vista o se haya reducido a la superficialidad y el espectáculo, es porque el propio cristiano ha perdido su enfoque y ha olvidado la centralidad del culto, su razón de ser.

El contexto donde fueron escritas las cartas a las iglesias de Asia Menor y todo el libro de Apocalipsis, es inmensamente interesante y hace recordar de qué verdaderamente debe tratar la liturgia y cuál, o mejor dicho, quién es su centralidad. Juan Stam (2020) describe atinadamente ese escenario:

Un día del Señor, hace unos 1900 años, un siervo de Dios se hallaba preso en una isla penal llamada Patmos. Muchos kilómetros de mar le separaban de las amadas congregaciones que había pastoreado y que ahora estarían reunidas en culto. No es muy

difícil imaginar cómo debía sentirse: igual que se siente todo pastor (y todo fiel cristiano) cuando no puede reunirse en adoración con los hermanos y hermanas. Sin duda anhelaba unirse en el culto de adoración al Señor, pero no podía. En eso, una voz como de trompeta lo llamó y Juan de Patmos supo con plena seguridad que, a pesar de las circunstancias, el mismo Resucitado estaba presente en medio de su pueblo para hablar a las congregaciones, en Apocalipsis 1-3 (...) En los capítulos 4-5 describe con sublime belleza y majestad, la adoración al Creador, “que está sentado en el trono”. (p. 93)

Esto significa que, sea cual sea la circunstancia, de calma u hostilidad, de persecución como en el caso del vidente Juan en el siglo I, o pandémica como el de la iglesia del siglo XXI, la centralidad del culto o liturgia, debe ser siempre Aquel que está sentado en el trono.

Alrededor del Señor debe versar todo cuanto la iglesia haga. Sin embargo, la realidad ha mostrado lo contrario, la condición litúrgica de la iglesia guatemalteca –en un inmenso porcentaje- ha estado:

En abierta competencia con los espectáculos de este mundo. La himnología seria, fruto de profundas experiencias espirituales y circunstancias de dolor ha desaparecido del culto.

En su lugar está el ritmo que estimula el movimiento del cuerpo. Si no fuera porque en este canto a veces se menciona a Dios uno pensaría que no está en una iglesia sino en una discoteca. (De Ávila, s.f., p. 3).

El núcleo de la liturgia ha pasado a ser antropocéntrica, al gusto de las personas. Esta realidad ha sido fruto de una vida egoísta, porque se ha dejado de hacer la voluntad divina para hacer la propia. Y al ser así, se cae en el problema de presentarse ante el Señor en un culto solamente como participación, como entretenimiento, o como un relajante o extático momento, siempre y cuando se tenga el repertorio adecuado; mientras que en la cotidianidad no se practica la justicia, la misericordia, el amor hacia los demás.

El Evangelio del Señor enseña que “cuando una estructura religiosa pone como primera prioridad el culto y sus programas antes que la vida, cuando en nombre de la fe se pasa por alto ante el dolor, entonces esa estructura ha deformado a Dios” (Oyarzún, 2017, p. 171).

En otros casos se busca –sin ser necesariamente malo- sentir cosas, tener experiencias extáticas, hablar lenguas y otras. Una vez más, la centralidad es el ser humano, pues trata de lo que recibo, no de lo que doy, y menos cómo lo doy.

El apóstol Pablo (1 corintios 13) dice que, aunque se hable lenguas angelicales y profecías, pero si no hay evidencia de amor hacia el prójimo ni obediencia al Señor; significa que se le ha sacado de la centralidad de la vida, y por ende, de toda liturgia, y por muy bonita que esta sea, el cristiano solo viene a ser una campana desafinada y ruidosa.

Resumiendo, la iglesia guatemalteca ha venido siendo: mucho fervor litúrgico, pero poca vida cristiana; activismo emotivo, pero vacío. Templo y liturgia son importantes, pero antes debe haber integridad de vida.

La adoración comunitaria se fundamenta y anticipa por la adoración personal, en secreto, en el hogar, en el quehacer cotidiano frente a la majestad de Dios. El templo es importante, pero, sin la adoración personal (íntegra) de cada creyente, pierde su sentido, al igual que toda liturgia.

Por eso, mientras las sillas, bancas, butacas y templos, aguardan el regreso de los congregantes, se debe hacer algunas reflexiones.

¿Será que tanta multitud en activismo efervescente era iglesia? ¿Será que el abultado presupuesto para infraestructura, eventos, etc., eran imprescindibles? ¿Será que la iglesia con toda su parafernalia, numerosidad y popularidad, eran realmente iglesia?

Toda comunidad de fe, sean grandes, medianas y pequeñas deben evaluarse. Es que, no es donde ha habido multitud, que necesariamente haya habido traición al evangelio; sino porque en todo momento o contexto, es saludable examinarse, hay que pensar, repensar y discernir; y antes de volver a los templos y que las bancas se vuelvan a llenar, “esto les dice el Señor del universo: ¡Reflexionen sobre su situación!” (Ageo 1:5 BLPH).

3.8 Ambiente bíblico-teológico

Grandes segmentos de la iglesia local proclaman a finales del mes de octubre, los enunciados distintivos de la Reforma Protestante del siglo XVI; uno de ellos, el de “Sola Escritura”.

Con ello se afirma que solo la Escritura es fuente confiable de conocimiento de Dios y sus mandamientos; que el Nuevo Testamento es la fuente de su fe cristiana. Sin embargo, muchas veces esto se hace sin tener plena conciencia de ello, porque –aunque sin generalizar- en la práctica, es más importante el andamiaje doctrinal institucional o denominacional.

A nivel Bíblico, la iglesia ha venido encontrándose en una situación penosa; es difícil establecer en este punto, si la crisis bíblica es menor que la crisis pandémica. Es que, en su activismo, la iglesia pocas veces se da cuenta que la palabra del hombre, en muchos casos, ha llegado a ser más importante que la Palabra de Dios.

Este mal se da a consecuencia del analfabetismo bíblico de los creyentes, el cual se hace evidente de muchas maneras; por ejemplo, cuando se repiten frases o ideas que se escucharon en alguna predica, sin el discernimiento de los mismos. O bien, cuando en los púlpitos se cita más la palabra de cierto apóstol o profeta, o del autor de ciertos libros, que el Texto Bíblico mismo.

Aunque penoso y vergonzoso, hay que asumir que los segmentos mayores de la iglesia, no tienen interés alguno por estudiar consistentemente las Escrituras, y tristemente es una realidad dentro del liderazgo.

Por eso, lo que impera en este tiempo son las vivencias llenas de experiencias embriagantes, donde los versículos bíblicos son solamente sus elementos decorativos. Esto se ha vuelto común, por eso interesa más –y se procura- que las actividades eclesiológicas tengan todo un coctel de emociones, como las que provoca cualquier otro espectáculo.

Aquella comunidad alrededor de la Palabra, como la iglesia de Filadelfia –en Asia Menor- es un recuerdo casi extinto. Hoy día, hay más fans de una cultura cristiana que discípulos de Cristo; por eso las masas son movilizadas como enjambres atraídas por la adrenalina, hacia las nuevas

novedades religiosas que le osan llamar culto a Dios, pero ausente de sustento Bíblico, y carente de discipulado. El estudio bíblico ya no es prioridad, hacer discípulos es cosa del pasado, ahora es más rentable invitar al predicador más elocuente y carismático, al que le siguen multitudes en las redes sociales.

Las predicaciones predilectas son aquellas de *caoching* personal. Poco importa si lo que se enseña, aportar integralmente a las vidas y genere cambios que encaminen a ser más como Cristo. Lo que interesa es que todo evento venda, que se cumplan las expectativas mercadológicas y mantenga contentos a los asistentes.

Otros segmentos de la iglesia, han relegado la Biblia por intereses organizacionales. Se habla de ser defensores de una sana doctrina, sin embargo, esa doctrina es más pensamiento de la denominación, que lo que el Señor demanda.

Este es uno de los escollos más grandes en que la iglesia guatemalteca se ha encontrado; porque cuando se desplaza la centralidad de la Palabra y el Señorío de Cristo, el hombre, el dinero, las cosas efímeras y cualquier idea descabellada, pasan a ocupar su lugar.

La iglesia en Guatemala adolece de una teología realmente bíblica, choca constantemente con las teologías “folklórica e institucional” (De Ávila, 2001, p. 97). Y estas, casi siempre ganan el pulso. La teología folklórica es aquella que se desarrolla sin la preparación hermenéutica y exegética requerida para el estudio serio de las Escrituras, sino se basa en experiencias, o también en lo que se va transmitiendo de púlpito en púlpito, o bien las que surgen de supuestas revelaciones, que luego se comparten como verdades absolutas. Estas tienden a tener demasiada aceptación, y se propagan como fuego. La institucional, es aquella teología que ha interpretado el liderazgo de las organizaciones eclesiásticas, las que se establecen como noma o regla a seguir. Lo que dice la Biblia es, en ocasiones intrascendente, la voz del líder u organización, es lo preponderante.

La falta de una teología bíblica, hace que se proceda a creer y abrazar cualquier idea que vislumbre. Por ejemplo, una de las modas teológicas muy engalanadas y aceptadas, había sido las denominadas Proclamas Proféticas, que hacen su aparición cada fin de año, cuya singularidad es el pronóstico positivo para el año que está cercano.

La crisis pandémica vino a poner a este tipo de teologías en crisis, porque nada de estos ideales positivos se hizo realidad, y tampoco hubo profeta que anticipara lo que se avecinaba.

La teología de la prosperidad también se le agrietó sus cimientos y está a punto del colapso, aunque ya hizo estragos dentro de la iglesia.

Pero este tipo de males no acaban, en medio de la crisis emergieron otros; por ejemplo, el tema escatológico estaba casi nulo en la predicación de la iglesia, pero, ante el cierre de los templos por la pandemia, se comenzó a especular en torno a una supuesta privación del *kerigma* cristiano, o de cierto asedio a la iglesia, donde las plataformas digitales comenzaron a ser saturadas de reflexiones escatológicas, una buena parte de ellas, sensacionalistas.

Surgieron nuevos profetas, y otros emigraron de ser teólogos de la prosperidad a maestros de la especulación, del terror y del desastre. Otros comenzaron a hacer una especie de amalgama entre profecías y teorías de conspiración; el epicentro era el vaticinio, no de una fecha del regreso de Cristo, sino de eventos próximos y de nombres de personas y organizaciones, que, según sus afirmaciones, serían los dueños del mundo, durante el tiempo que a este le resta; todos expertos en cazar sus ideas con ciertas profecías bíblicas. Lo más grave de todo esto, es que se ha puesto a Dios como quien no tiene el control de la historia y del devenir.

La creencia en teorías conspirativas, es síntoma de la carencia de identidad escatológica (y teológica) de parte de las comunidades de fe; lo cual afecta en gran medida el cómo se lleva a cabo la labor misional.

Todo este tipo de problemas, debe hacer sonar las alarmas y poner en acción las medidas necesarias.

Se ha abordado apenas, algunas situaciones que han emergido con más intensidad en este período de crisis, hay muchas más que permanecen allí, que con el tiempo se han vuelto “expresiones de religiosidad popular evangélica” (Gálvez, 2009, p. 101). Estas van, desde ejercicios cotidianos como el uso de del nombre de Cristo, la mención de su sangre, o la Biblia como amuleto protector, hasta aquellas tendencias más grandes como el movimiento apostólico y profético, donde personajes, con poca o mucha comprensión bíblica, “se han autoproclamado profetas [o apóstoles], que hablan con autoridad que no tienen, sobre asuntos que no saben o sobre asuntos que no

necesitan la intervención de un profeta, porque son suficientemente obvios a los ojos de cualquiera” (Zaldivar, 2012, p. 55).

Esta realidad en la que se ha incurrido y que se sigue develando en esta crisis, debe ser reconocida, analizada, y debe provocar la reflexión, para luego emprender el retorno a la Fuente de fe y conducta, las Escrituras. Solo así se podrá tener una fe realmente viva y un compromiso serio con el Señor.

Con mucho tino, Núñez (1986) dice a respecto: “Se ha dicho, con sobrada razón, que lo peor que puede pasarle al testimonio escritural, es abrazarlo y abusar de él hasta llevarlo al ridículo, a la superstición, a la religiosidad espuria” (p.55).

La actitud post pandemia deberá ser como la de los cristianos de Berea en el siglo I, aquellos que examinaban con sumo cuidado las enseñanzas de Pablo. La iglesia debe ser una comunidad hermenéutica, donde todos aprendan no solo versículos o capítulos enteros de memoria, o ser expertos en buscar versículos o saber datos bíblicos; sino aprendan a interpretar de manera correcta el mensaje de las escrituras y el significado de la fe que se profesa. Y los líderes y predicadores, deberán tomar la actitud del propio apóstol Pablo, que lejos de enojarse, exhortaba a otras congregaciones hacer lo que los bereanos hacían.

3.9 Ambiente ético y social

En son de burla, la gente les llamaba cristianos a aquellos primeros discípulos de Jesús, pues se daban cuenta que estos, pensaban, hablaban, actuaban y vivían como él. Ese fue un muy buen indicador para estos discípulos, de que estaban haciendo las cosas bien.

La pregunta obligada hoy es ¿Podrá decir eso mismo la gente de los cristianos guatemaltecos del siglo XXI? ¿Pueden notar que en verdad son discípulos de Cristo, aun si pregonar serlo?

Es triste darse cuenta de la realidad nacional, que siendo un país que estadísticamente registra a tantos cristianos, la mayor parte pasan desapercibidos en la cotidianidad.

El narcisismo, uno de los malos males del hombre postmoderno, ha permeado a la iglesia, por eso es que la ética y los valores son relegados por la imagen, el ego, la vanagloria.

Eso es notorio en la etapa pandémica, donde el exceso de seguridad, hacía alardear que ninguna plaga tocaría a los hijos de Dios, porque la sangre de Cristo los cubre. Tácitamente se estaba diciendo que, solo a los pecadores les llegarían los efectos de la pandemia. La fe presuntuosa asegura que Dios está en favor propio y en contra de los demás, que mientras se es salvado de cualquier situación, no importan los demás, hasta se les condena.

El ejemplo de aquel Jesús sereno, humilde, servicial y sin ambiciones de poder (temporal), parece no estar en consonancia con el cristiano contemporáneo, le asusta. Quizá sea el resultado de la no comunión con Dios y la falta de comprensión de las Escrituras, por eso la fe es activa pero vacía.

El nivel ético de la iglesia es decadente, corrupta, porque su pregón es una cosa muy distinta a como vive. Frente a la sociedad, demuestra un abismo entre lo que predica y su conducta.

El testimonio cristiano actual, hace menester las palabras del Señor cuando dijo: “Este pueblo de labios me honra; más su corazón está lejos de mí” (Mateo 15:8 RVR).

Es triste ver que “entre los que se llaman hermanos, la relación interpersonal es tóxica, pero en el templo levantan sus manos en culto a Dios” (De Ávila, s.f., p. 2). Es que, de Dios no se puede hablar en abstracto; existe una unidad entre el amor al prójimo y el amor a Dios.

A veces, la iglesia habla un idioma condenador hacia los que no han conocido el amor de Dios, eso es trágico, porque en vez de seguir el ejemplo de Cristo que rompió barreras y se acercó a todos, incluso a los marginados, ahora la iglesia se ha convertido en un círculo cerrado. Oyarzún (2017) dice a respecto:

Cuando hablamos de evangelizar [si es que se habla del tema], hablamos de los demás en términos de “perdidos”, pero a veces pienso que los que verdaderamente se perdieron fuimos nosotros. Perdimos quizá el verdadero sentido de ser luz. Perdimos la capacidad de tocar al mundo con el amor de Dios. La mayoría nos hemos puesto al otro lado del abismo, predicando desde nuestros prejuicios y desde una mal llamada “santidad”, que en

vez de preocuparse por hacer lo bueno, se ha obsesionado por no hacer “lo malo”. (p. 135).

Esa comunidad que acompaña a la restauración de vidas, se ve cada vez más difusa, y ha hecho que pierda credibilidad.

Hay grandes segmentos de la iglesia que muestran su amor genuino hacia los desvalidos, emprenden acciones para ayudar sin esperar aplauso alguno. Pero, existe un número considerable, que a pesar de saber que toda buena acción debe hacerse en secreto, prefieren la opción de sacar a relucir el ego, comienzan a compararse con los demás, y a considerarse mejores ciudadanos o cristianos ejemplares, y con antorcha en mano –más bien *selfie stick* en mano- invaden las redes sociales, no para ser luz, sino para presumir su maravillosa bondad; olvidan que lo que haga la mano derecha no debe saber la izquierda.

Qué decir del amor al dinero dentro de la iglesia, donde mucho liderazgo se ha enriquecido a costa de la ingenuidad de sus miembros, pues, más que enseñarles la ruta hacia la prosperidad, lo que les importa es cobrarles el peaje.

Otros le han puesto precio a la gracia de Dios, a los milagros, al cuidado pastoral; esta perversa forma de vida, pone al dinero por encima de la fe, a los pactos económicos como más efectivos que el sacrificio de Cristo. El resultado es que, ante los ojos de la sociedad arreligiosa o decepcionada de una, vean a la iglesia cristiana como un negocio cualquiera. ¡Triste realidad! Mamón (lo que da seguridad, la riqueza) ha ocupado el lugar que al Señor corresponde, y se le ha dado poder, que al final exige fidelidad absoluta, es el nuevo dios.

Existe también, corrupción moral en el interno de las comunidades de fe; violencia, lujuria, vicios de toda índole, etc. Todo ello es evidencia de que no ha habido una conversión genuina.

Ante estas arenas movedizas en las que despertó la iglesia, el Señor ha develado muchas de sus falencias, lo que corresponde es la reflexión y encaminarse a los cambios.

Como en todo tiempo, siempre habrá segmentos de la iglesia que no pondrán en entredicho su fe, ni cederán ante las presiones o seducciones del sistema; tampoco hará componendas con el mundo o con sus valores.

Finalmente, la gracia del Señor está presente; él mismo está llamando a la puerta y dice: “El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 3:13 DHH).

4. Cambios oportunos para la iglesia

El contexto crítico presente, ha sido importante y necesario. Pronzato (2006) dice que:

Si no existieran las pruebas y las crisis, seríamos como un puente, un edificio que nunca ha sido verificado; no habría maduración humana ni cristiana. La prueba [crisis], no sirve solo para comprobar la fuerza, sino que alguna vez tiene la finalidad para de manifestar la debilidad. Cuando llega la prueba, son barridas despiadadamente las falsas seguridades, los entusiasmos superficiales, los fervores emotivos. La crisis desilusiona y desenmascara al creyente “iluso”. Lo traslada al terreno áspero de la realidad concreta, del realismo. (p. 41)

El contexto de pandemia y sus repercusiones, ha generado el ambiente propicio para meditar, reflexionar y volver a la senda olvidada. “El Señor les dio el mejor consejo: Pregunten dónde está el buen camino, las instrucciones justas en las que antes se orientaban, y vuelvan a vivir conforme a ellas. ¡Ya verán lo bien que se sentirán por ello!” (Jeremías 6:16 NBV).

4.1 El imperativo retorno a la identidad, iluminada por la Biblia

La iglesia debe volver a su identidad original, ser ese pueblo elegido y apartado (del pecado), ser la sal y la luz del mundo, ser esa influencia transformacional en las comunidades locales; donde Cristo se vea presente, de modo que se perciba en cada individuo y en su conducta diaria. Ha de ser la encarnación de la ética de Cristo, de sus principios y valores, los cuales son otorgados de parte de Dios como un regalo, y no como un reglamento rutinario a seguir.

Debe permitir que el Espíritu Santo sea quien la dirija, en la dinámica del Sacerdocio con todos los creyentes que, de manera horizontal, se sirven los unos a los otros, sin ínfulas de poder, grandeza o control.

Esto mismo hará que vuelva a su identidad discipuladora, evangelizadora, misionera, y sirviente. Porque, desde los primeros discípulos, hasta todos los que conforman la iglesia en todo lugar y

tiempo, son llamados a servir en fe, esperanza y amor; solo así, las personas que vean desde fuera, podrán darse cuenta que los valores y principios que Su Maestro les legó, siguen presentes.

Esta identidad, solo será posible si se “persevera en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2: 42). Dicho de otro modo, debe mantener vigentes las enseñanzas de Jesús, y, sobre todo, llevarlas a la práctica todos los días; de modo que cada cristiano refleje que su vida, es una vida de comunión y adoración.

El camino único que tiene la iglesia, es la vuelta a Las Escrituras, para que tenga una correcta funcionalidad. De modo que, en su enseñanza, que lo que proclame sea solo la Palabra de Dios. Así lo hicieron los primeros discípulos, por eso es que “la palabra predicada por Pablo y los demás apóstoles fue efectiva precisamente porque predicaban la Palabra de Dios, no del hombre. El secreto es el genitivo: De Dios” (Gálvez, 2009. P. 234).

Las Escrituras entonces, deben ser esa lámpara que guía el camino, esa luz que ilumine la vida de la iglesia, la norma en asuntos de fe y conducta.

Su mensaje deberá estar centrado en Jesucristo, porque, toda doctrina basada en la Palabra de Dios, permanecerá en todo tiempo; quizá “la enseñanza no podrá ser espectacular o sensacionalista; desde un punto de vista de mercadeo, podrá no tener atractivo y por lo tanto no producir dinero, pero resistirá la prueba de los años y siempre responderá a la necesidad del alma” (De Ávila, 2001, p. 18).

El retorno a los templos y a la actividad eclesial, debe significar también recuperar la importancia de la enseñanza consistente y el aprendizaje significativo. Meléndez (2019) sugiere algunos consejos prácticos:

Volver al corazón de Dios y a su Ley como en los días de Esdras; formalizar un departamento de educación teológica en la iglesia local, para que enseñen y velen por la salud doctrinal. Orar con intencionalidad por el ministerio educativo en la iglesia local; desarrollar un liderazgo docente, capaz de modelar un estilo de vida al Cuerpo de Cristo.

Involucrar al pastor con una visión educativa y un compromiso con la enseñanza y el aprendizaje en la iglesia local. (p. 138)

El retorno a las Escrituras, hará retornar a la iglesia a su identidad; estas premisas no deberán ser para la comunidad cristiana una sugerencia, sino imperativos.

4.2 Una iglesia que siempre debe reformarse

Es un súbito error dar por sentado que todo marcha bien en el interno de la iglesia; hay que recordar –por ejemplo- aquel episodio cuando Jesús se acercó a un bello árbol frondoso y vistoso, pero sin frutos. Así puede verse la iglesia, muy linda, fervorosa y activa, pero estéril; o quizá esté dando frutos, pero malos; por eso la sentencia divina es: “por sus frutos los conocerán” (Mateo 7:20 NVI). Quizá el vocablo Reforma nos traslade al siglo XVI, con Lutero y los demás reformadores; sin embargo, el apóstol Pablo ya había dicho antes “No vivan según el modelo de este mundo. Mejor dejen que Dios transforme su vida con una nueva manera de pensar. Así podrán entender y aceptar lo que Dios quiere y también lo que es bueno, perfecto y agradable para él” (Romanos 12:2 PDT). El Señor espera de su iglesia, que contantemente se evalúe, porque puede que se encuentre en un punto de acomodamiento al sistema, podría estar negociando su fe, o bien, por estar al día con las modas o novedades religiosas, haya cambiado su esencia, su identidad y su cometido.

Eso estaba ocurriendo en la mayoría de las congregaciones de Asia Menor, igualmente en la iglesia del medioevo. Por eso, desde su condición de exiliado, Juan de Patmos fue el instrumento para comunicar a la iglesia que debía arrepentirse, humillarse y ser reformada. También aquel grupo de hombres que asumieron el riesgo de ser proscritos y llevados al martirio, fueron el medio que Dios utilizó para reformar a su iglesia del escollo donde se había sumido en el siglo XVI.

Hoy día, el contexto de pandemia ha sido un buen instrumento que el Señor ha utilizado para develar la realidad de la iglesia, y el llamado divino es que una vez más haya cambios, que ocurra una reingeniería, una reforma.

La Reforma Protestante del siglo XVI, significó la vuelta a los principios rectores de la fe cristiana, y la resumieron en los cinco enunciados teológicos o Cinco Solas: sola Escritura, sola Gracia, sola Fe, solo Cristo y solo a Dios la gloria; pero también hubo necesidad de un principio fundamental:

Una Iglesia reformada siempre reformándose. Según Green (2015), “no se sabe con exactitud quién lo dijo primero en su forma presente. Jodocus Van Lodenstein (1607-78), un teólogo holandés, es acreditado con ser el primero que expresó la idea más o menos en su forma presente” (p. 175).

Este principio sigue siendo fundamental en el presente, la iglesia siempre debe estar reformándose en conformidad a la Palabra de Dios, en sintonía con los preceptos que Cristo dio, para no cometer los mismos errores que cometió la iglesia de Éfeso, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Laodicea o el de la Edad Media. Mientras no exista reforma, la iglesia irá deformándose.

Los cambios no siempre son bien recibidos, es más, causan disgustos. La herencia eclesiástica ha sido esa, no le gusta ser evaluada, menos cuestionada; pero, otra vez, la consigna es ¡El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!, comenzando con los liderazgos, quienes deben hacer de urgencia “una revisión responsable de lo que la iglesia cree y practica; una revisión que determine qué es lo que tiene legítimo derecho a existir y ser parte de la iglesia de hoy; qué debe ser eliminado o modificado” (Dé Ávila, 2001, p. 114).

4.3 Reajuste de metas y prioridades

La pandemia con sus demás crisis, han demostrado que la iglesia, tanto teológica, bíblica, pastoral, administrativa y tecnológicamente, no estaba preparada. Este es un momento propicio para identificar las áreas específicas que se deben reajustar y priorizar, para que, pasada la crisis, la iglesia emerja fuerte y a la vez saludable.

Esto será posible, si se evalúa de manera objetiva el pasado y presente de la iglesia, y consecuentemente planificar lo que se trabajará para el futuro inmediato.

Teniendo como base los principios instituidos por el Señor Jesucristo en la iglesia naciente, prescritos en el Nuevo Testamento, cada comunidad de fe, debe hacer su propio análisis FODA. Así mismo debe evaluar su propia visión, si no se cuenta con ella, se debe construir una con la guía del Espíritu Santo, de manera que no se plasmen los sueños personales, sino la visión de quien es Cabeza y Señor de la iglesia.

Y es que “la iglesia, requiere de una visión que le permita saber hacia dónde va, cuánto le falta por llegar y qué necesita hacer para lograrla. La visión les permite a los pastores y líderes, identificar los programas que le ayudan y los que estorban a avanzar en la dirección correcta” (Osorio, 2020, p. 49).

La visión se alcanzará solo si se reorientan las metas, y que cada paso que se emprenda conlleve un propósito. La evaluación permite cambiar o eliminar acciones y programas que quizá sean vistosos, pero irrelevantes; algunos sin sentido pero que han llegado a tener categoría de sagradas, solo porque siempre se han hecho.

Junto con la visión, viene el reajuste de metas; aquellos fines de mediano y largo plazo que son importantes para lograr la visión. Estas deben seguir la pauta de los principios divinos, y se deben formular en quipo y en oración. Osorio (2020), sugiere que deben reunir algunas características:

Las metas deben ser Claras: use palabras sencillas de entender y pinte una imagen lo más exacta posible de lo que está convencido que Dios espera de su iglesia. Específicas o precisas: concretas, identificables; medibles y evaluables en tiempo y en resultados; que conduzcan a la acción. Alcanzables: que son posibles, pero al mismo tiempo demandan tomar riesgo. Relevantes: acorde con el tiempo y circunstancias actuales. Alineadas a la visión. (p. 51).

Juntamente con las metas, se deben establecer los objetivos, esos fines de corto plazo que coadyuvan a alcanzar las metas.

En este punto, no se debe dejar de lado la misión de la iglesia, aquella que no es establecida por los liderazgos locales o nacionales, sino por el propio fundador de la iglesia, Cristo.

La iglesia, en su misión, no se reduce en ser una organización, que por medio de sus liderazgos produzcan programas o eventos para que los miembros estén contento y activos en asistencia.

Para no caer o seguir en esa idea, “los pastores necesitan trabajar intencionalmente en enseñarles a los seguidores de nuestro Señor a convertirse en una verdadera familia de la fe, en la cual todos los miembros participan activamente en el alcance evangelizador, la formación propia y de sus

hermanos” (Osorio, 2020, p. 32). La palabra clave en la misión es Todos; por eso es el Cuerpo de Cristo, es una unidad compuesta de muchas partes. Todos se apoyan, animan, enseñan, edifican, exhortan, sirven, protegen, perdonan, consuelan, aman, etc.

Esta comunidad de creyentes, confiesan el señorío de Cristo en sus vidas; pregonan y practican la doctrina dada por Cristo y transmitida por los apóstoles; es una comunidad, que, pese a la diversidad de sus miembros, mantienen la unidad, y practican una liturgia que denota su identidad. También promueven la *koinionía*, el cual se convierte en un vínculo de permanente afecto; es una comunidad cuyo llamado y vocación es el testificar y anunciar las Buenas Nuevas de Jesucristo a todos; una noticia buena que también se manifiesta en solidaridad con los necesitados. Al ser seguidores de Jesús, esta comunidad trabaja por la paz, crece en el poder del Espíritu Santo y se evidencia en sus frutos, de manera que enseña y discipula a otros, promueve y modela la santidad, y practica el sacerdocio universal de los creyentes.

4.4 Hacer discípulos, clave de la ecuación

En tiempos de crisis, afloran las dudas e infinidad de preguntas inquietantes dentro de los cristianos que, si la iglesia local no responde, habrá muchos dispuestos a responder, y no necesariamente serán las mejores respuestas.

En el contexto presente surgieron preguntas existenciales, preguntas doctrinales, y dudas de todo tipo. Algunos luchaban con inquietudes como, si Dios tenía que ver con el virus, si el uso de cubre bocas era una señal del inicio orquestado por entidades oscuras para silenciar al cristianismo, si estaba a la puerta la Segunda Venida de Cristo, si podía uno de los padres de familia officiar la Cena del Señor en casa, etc. Pero lo más grave fue que, debido la carencia del estudio serio de las Escrituras y por ende, deficiente enseñanza, gran cantidad de cristianos abrazaban cada nueva teoría de conspiración que se le presentaba.

La iglesia tiene en su vocabulario palabras como discípulo, discípulos, y recita con frecuencia el mandato de “hacer discípulos” (Mateo 28:19). Pero, la pregunta aquí es ¿Se sabrá lo que ser discípulo significa, y se estará cumpliendo con el mandato? Sin duda, la respuesta está implícita

en cada acción que se ha tomado mientras la pandemia obligó a estar encerrados en casa y sin poder reunirse en los templos.

Un discípulo es “un aprendiz, un alumno, uno que es fiel a una persona y a sus ideas, uno que es imitador de otro, uno que sigue la enseñanza de otro” (Gálvez, 2009, p. 235). Discípulo es aquel que está pendiente de las enseñanzas de su maestro, escucha con paciencia, y asimila cada lección. Pero no está circunscrito en un aula solamente, sino en los distintos contextos de lugar y circunstancia, como las calles, los barrios, las colonias, las casas; pero también cuando se vive en tiempos de solaz o de crisis, cuando hay preocupaciones o alegrías.

Solo así se podrá mostrar fidelidad a la instrucción y al ejemplo del maestro, y luego, podrá hacer lo mismo con otros. Esto generará que la actitud, más bien el carácter del discípulo, se vaya multiplicando, de manera que unos nutren a otros, y así, no puede haber el uno sin el otro.

Este proceso brevemente descrito, no puede ser posible únicamente con clases de Escuela Dominical o programas de tres meses para los nuevos creyentes, aunque son muy valiosos tales programas, estos solo transmiten asuntos básicos, más no forjar aprendizajes para una vida diaria en comunidad, lo cual requiere de procesos.

El ejemplo supremo es el de Jesús, quien no se limitó a un programa en un recinto. Enseñó a sus discípulos, los principios fundamentales de la fe, los cuales debían transmitir a otros posteriormente. Sin embargo, aparte de instructiva, su didáctica también fue:

Profundamente práctica, en un ambiente de convivencia diaria (...) estos hombres vieron a Jesús ayudar al necesitado, confrontar a los religiosos, dejarse consumir por el celo del templo, orar al Padre, aceptar a quienes le buscaban, sentarse con los rechazados por la sociedad, relacionarse con su familia y, en medio de todo, vivir sin pecado. (Osorio, 2020, p. 35).

El proceso de hacer discípulos debe ser enteramente intencional y que provea no solo enseñanza teórica, sino provocar los espacios para la praxis, para poder ser transformados cada vez más hacia el carácter de Cristo.

En este proceso se debe recalcar que ser discípulo tiene un costo, que comienza con la renuncia voluntaria a toda pretensión egoísta, a los beneficios personales; por eso el Señor lo dejó claro: “Si alguien quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme” (Lucas 9:23 NTV).

El discipulado según Cristo, ofrece todo, pero también exige todo. Es un proceso donde no hay graduaciones, se es discípulo toda la vida, porque es una vida de seguimiento al Maestro. En ese sentido, Bonhoeffer (2004) dice que: “La respuesta del discípulo no consiste en una confesión de fe en Jesús, sino en un acto de obediencia” (p. 27), obediencia que abarca toda la vida.

La iglesia de los comienzos tomó en serio este proceso, por eso se afianzó hacia todo el mundo conocido y desconocido, y su epicentro fue tan solo un pequeño grupo de hombres que fueron formados por el Maestro y siguieron haciéndolo con los demás.

El éxito de la iglesia no fue por actividades espectaculares y novedosas, fue por haber formado discípulos, seguidores fieles y comprometidos genuinamente con su Señor hasta las últimas consecuencias. Lo cual se puede ver en las comunidades de Esmirna y Filadelfia, quienes no renunciaron a su fe, a pesar de la seducción imperial de ofrecerles comodidad, protección, tranquilidad y riquezas pasajeras.

A manera de resumen, Osorio (2020) dice:

Hacer discípulos según el modelo de Jesús toma tiempo, dedicación, compromiso, vulnerabilidad, humildad y riesgo. No es el tipo de ministerio que genera iglesias multitudinarias y multimillonarias en poco tiempo. Tampoco es el tipo de ministerio que hace popular a los pastores. Pero sí es el tipo de ministerio que produce cristianos sólidos en su fe, que no se alejan frustrados o enojados ante el primer traspie. También producen iglesias saludables, multiplicadoras, caracterizadas por el amor entre sus miembros y el

servicio a su comunidad. Iglesias capaces de superar cualquier crisis para la gloria de Dios. (p. 37)

La iglesia post pandemia, deberá volver al modelo discipulador de Cristo; solo así, los cristianos se convertirán de discípulos que forman a otros.

4.5 De vuelta a la ética de Jesús

Uno de los absurdos que caracteriza en gran medida al cristianismo en la actualidad, es la dualidad de vida. En el templo se es una persona distinta a aquella en la vida cotidiana.

En el trabajo, en el tráfico vehicular, en las colas de banco, en la escuela, en la universidad, las actitudes en ocasiones dejan mucho que desear, pero dentro del templo ocurre una increíble transformación; se vuelve una persona totalmente distinta. Sin embargo, para el Señor, credo, culto y conducta son inseparables. Pronzato (2006) dice que Cristo:

No permite que el cristiano se conforme con las prácticas culturales, lo obliga a salir fuera del templo, y lo pone en la calle, mezclado con los demás. Y es allí donde quiere verlo, examinarlo, para comprobar su identidad, reconocer su rostro, verificar la calidad y la robustez de su planteamiento de fe. (p. 26)

No se es discípulo de Cristo, si lo que pregona no es respaldado con una vida proba. Si es a Jesús a quien se sigue, entonces se debe vivir conforme a su ética vital.

Baste observar que cuando inició su vida pública, su ética desconcertó a todos, tanto a los líderes judíos, como a la gente común, pero especialmente a los menos favorecidos por la sociedad, como los publicanos, las prostitutas, los enfermos, y todos aquellos rotulados como pobres y pecadores. Quienes lo rechazaron, argumentaban que lo que hacía, no estaba en consonancia con lo que ellos practicaban; pero no era que estaba violando los mandatos divinos, sino que el judaísmo se había convertido en una religión estática, autoritaria, donde era más importante su liturgia, las reglas, el templo, y no las personas. Era un cúmulo interminable normas, pero en vez de producir vida, alegría y relaciones sanas, producían peso, una carga imposible de cumplir, por ende, frustración; y lo peor, quienes las imponían tampoco las cumplían.

Todo esto quiere decir que una religión insípida y una ética que no produce cambios para bien, no sirve para nada. Pues, mientras los doctores judíos enseñaban en el Templo y en las sinagogas, las tradiciones e interpretaciones que habían heredado de sus maestros, Jesús enseñaba y modelaba lo que Dios había ordenado y lo que el pueblo necesitaba. La gente que escuchaba y veía la ética de Jesús se admiraba, “porque lo hacía con verdadera autoridad, algo completamente diferente de lo que hacían los maestros de la ley religiosa” (Marcos 1:22 NTV).

La ética de Jesús, es una que genera cambios en su entorno; por eso es que su mensaje es una Buena Noticia, que no se reduce en una salvación del más allá, sino también del más acá.

Entre sus contemporáneos, Jesús vino a revolucionar lo habitual, vino a transformar el escenario hostil en uno de esperanza, de felicidad, de bienaventuranza. Aún la gente escéptica, concebía a Jesús como un hombre dedicado a curar el dolor de las personas.

Fue tanto el impacto que, “si hubiera sido solo un predicador de lindas verdades, la gente de Galilea, con esa terrible calidad de vida que cargaban, no le hubieran tomado ni una pizca de atención” (Oyarzún, p. 101).

En el siglo XXI, la iglesia debe volver a reflejar la ética y espiritualidad de su Señor, ¿Cómo se hará posible?, Menéndez (2019) sugiere que:

A medida que nos entregamos por los demás, nuestra espiritualidad [y ética] se vuelve más genuina y refleja de alguna manera el grado de compromiso que hemos asumido en el llamado que el Señor nos ha hecho como discípulos y apóstoles de cristo en este mundo.

(p. 135)

El paradigma ético de la comunidad cristiana, ha de ser como la de su Maestro, quien vino a mostrar que el más importante en su Reino es el más pequeño, el que sirve a los demás. Vino a enseñar que el verdadero poder no está en el dominio que se ejerza sobre otros, ni en la prepotencia hacia los menos favorecidos.

Su propio ejemplo aturdió a sus contemporáneos, pues, pudo haber establecido su Reino con violencia y poderío avasallador, como los gobernantes romanos, pero tomó el camino más difícil,

el de la paz. Vino a enseñar y a mostrar que el verdadero poder estaba en la debilidad, en la humildad y fidelidad a Dios.

Por eso los Bienaventurados no eran los que aparentaban ser poderosos, invencibles y saciados, sino los pobres en espíritu, los que sufren, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los que trabajan por la paz, los de limpio corazón, lo que sufren por su causa; aquellos que no dependen de su inteligencia, de sus posesiones ni posiciones, sino del Señor.

Así, Pronzato (2006), desde un acercamiento a la carta de Santiago, describe algunos rasgos éticos del discípulo de Cristo:

Sostiene las pruebas inevitables para verificar la calidad de la propia fe, es capaz de tomar decisiones y tomar elecciones precisas, evitando las vacilaciones; se siente implicado en la causa de los débiles e indefensos, no acepta discriminaciones de ningún tipo hacia los demás, tiene como referencia la ley de la libertad que gira en torno al mandamiento del amor, manifiesta su fe por medio de obras; no adopta la actitud de maestro arrogante de los demás, es capaz de controlar su lengua. Se refiere a una sabiduría que viene de lo alto y que determina sus comportamientos prácticos; es manso, va contracorriente al mundo, no se erige en juez de los demás ni habla mal de su prójimo, acepta sus propios límites y somete sus proyectos a la voluntad de Dios. Percibe la precariedad de las riquezas y resiste a la fascinación perversa del dinero. Considera que la paciencia es una virtud preciosa; es una persona franca y sincera, practica la justicia, hace de la enfermedad un factor de crecimiento integral (...) se caracteriza por la unidad, la coherencia y la transparencia. (pp. 27,28)

4.6 Respuesta comunitaria e individual

Luego de un diagnóstico médico poco alentador, no hay mucha respuesta jubilosa del paciente; generalmente no se puede ocultar la decepción debido al sabor amargo del pronóstico, y se torna más caótico, si no se toman las medidas correspondientes.

Con tal analogía, es difícil no ponerse en el lugar, por ejemplo, de la congregación de los efesios, y preguntarse cuál fue el sabor de boca que les quedó, que, tras ser halagados por su activismo y ortodoxia, fueron reprendidos por haber abandonado el amor hacia sus hermanos. O cuál sería la reacción de aquella comunidad de Sardis, que escuchó decir de parte del Señor que tenían fama de estar vivos, pero que en realidad estaban muertos.

La realidad de la iglesia cristiana guatemalteca, no tiene un diagnóstico más alentador que las cinco que recibieron reprimendas de parte del Señor; tampoco se codea con la iglesia de Esmirna y Filadelfia.

El actual contexto pandémico ha jugado un papel importante en la vida de la iglesia, pues, aparte de hacerla sufrir con la crisis sanitaria en sí; las repercusiones como el cese de las actividades religiosas y la privación de acceso a los lugares de culto, vinieron a poner al descubierto sus falencias y la falsa autopercepción que se tenía.

No hay duda que esta crisis, el Señor la ha utilizado como un parte aguas, un tiempo propicio para que la iglesia cambie todo aquello que está mal, quite lo obsoleto, lo que le estorba, retome aquello que olvidó, que asuma su verdadero rol.

Hoy más que nunca hacen eco sus palabras, y solo quien tiene oídos oír lo que el Espíritu dice a la iglesia; es decir, solo la verdadera iglesia tomará en serio el diagnóstico del Señor, y se encaminará al cambio, a una reforma integral, tanto a nivel congregación como individual.

Ante el análisis presentado, la iglesia o cada miembro, podrá reaccionar defensivamente. Se podrá estar en contra de lo expuesto, se podrá negar que las iglesias locales padezcan siquiera alguna debilidad, falencia o error; incluso se podrá afirmar con toda seguridad que todo está bien.

Aún con evidencias frente a sí, tanto individuos o congregaciones, podrán reaccionar como que nada ha pasado; que con la vuelta a los templos y a las actividades se soluciona todo, y que la iglesia avanzará mucho mejor, más fuerte, más robusta, sin necesidad de hacer cambio alguno.

O bien, tras una reflexión sincera, atenta y humilde, en total confrontación con los principios que se encuentran en Las Escrituras, se pueda reconocer que cada uno –líderes y congregación en general- son responsables de los errores, las debilidades y la fragilidad de sus comunidades de fe.

Los méritos que se tenían antes de la pandemia, el Señor los conoce y los elogia, pero se debe ser humilde en reconocer que no todo ha sido correcto, que hay errores que enmendar, hay prácticas que se han introducido y afianzado, las cuales, en ocasiones, han desviado a la iglesia de la fidelidad que es exclusiva del Señor, y, el liderazgo muchas veces, ha optado por una actitud conformista, pues no ha hecho nada para su enmienda.

El Señor espera una respuesta, tanto a nivel individual como comunitario:

Nuestro Dios nos dice: ¡Arrepiéntanse ahora mismo y cambien su manera de vivir!

¡Lloren, ayunen y vístense de luto! ¡Arrepiéntanse y vuelvan a mí, pero háganlo de todo

corazón, y no sólo de palabra! Yo soy tierno y bondadoso, y no me enojo fácilmente; yo

los amo mucho y estoy dispuesto a perdonarlos. (Joel 2:12-13 TLA)

Tras la evaluación del Señor y la reflexión propia, es momento de detenerse, de guardar silencio y escuchar la voz del Señor.

Sin el activismo habitual, es un tiempo de separarse de la rutina, del ruido del mundo; favorable para escuchar la voz del Maestro, esa voz sanadora, liberadora, amorosa, que trae renuevo y dirección, pero que aguarda a una respuesta, una que se encamine a la acción.

No espera un mero remordimiento como el de Judas, sino un arrepentimiento como el de Zaqueo.

La respuesta debe ser sincera y en humildad.

Mientras esa respuesta se hace efectiva, se debe recordar que todos, hombres y mujeres, desde el más joven hasta el más viejo, pastores y miembros, cada uno, son barro siendo formado en las manos del Alfarero.

Conclusiones

La iglesia exenta de crisis, activista, en crecimiento y expansión, cae en el error de verse exitosa, triunfalista; se sentirá dependiente de sí misma, y en consecuencia, estará tentada a hacer su propia voluntad. Esta fue la realidad de grandes segmentos de la iglesia de finales del siglo I, y ha sido el de la iglesia guatemalteca del siglo XXI.

La Iglesia en Guatemala, ha priorizado un horizonte de éxito, por eso ha enfocado su enseñanza en temáticas de superación personal, de corte motivacional, y su liturgia es cada vez más histriónica, de entretenimiento; le preocupa su imagen estética, no así su ética. Le encanta la popularidad mediática y los liderazgos populares. Le interesa el crecimiento numérico, y descuida el crecimiento en la relación con Dios. Por ende, ha relegado la enseñanza consistente y seria de la Palabra de Dios, como también el discipulado.

El resultado de esta actitud triunfalista, y su desviación hacia lo banal, ha hecho que sucumba a un activismo fervoroso, pero con escasa vida de seguimiento a Cristo. Y en una etapa de crisis pandémica, se ha hecho más visible su ignorancia bíblica, su devoción al templo más que a Dios, su dependencia excesiva a los liderazgos; tiene fe en teorías conspirativas, pero duda de las promesas de Dios. Una total incongruencia.

El aporte pedagógico, tras el análisis de las cartas a las iglesias de Asia Menor, sugiere a la iglesia guatemalteca en el contexto de la actual crisis, que debe escuchar la voz de su Señor, reconocer humildemente sus errores, falencias y fragilidad. Reconocer que deber volver a la senda original, que debe retornar a la fuente de vida que es la Palabra de Dios, y asumir una actitud dispuesta a ser discípulos del gran Maestro. Que haya disposición y dependencia total a Dios, de manera que su retorno a la realidad sea, en fe, obediencia, en amor hacia los demás, sin ínfulas de grandeza y superioridad, que esté convencida que en las debilidades es que se hace fuerte, y, solo la iglesia que sea fiel, será también victoriosa, será triunfante.

Referencias

- Bauman, Z. y Bordoni, C. (2014). *Estado de Crisis*. [s.l.]: Titivillus.
- Bonhoeffer, D. (2004). *El Precio de la Gracia. El seguimiento*. (6ª. ed.). Salamanca: Sígueme.
- Chamoro, G. y Estrada J. (2020). *Diálogos en tiempos de Crisis: Reflexiones a partir de la pandemia*. Guatemala: CRUX.
- Contreras, G. (31 de Mayo de 2015). *Católicos superan por poco a evangélicos*. Prensa Libre. Recuperado de <https://www.prensalibre.com/guatemala/comunitario/catolicos-evangelicos-cifras-encuesta/>
- Cuesta, J. (2014). *La Divinidad del Emperador y la Sacralización el Poder Imperial en las Historiae Adversus Paganos de Paulo Orosio. Sobre Domiciano y Augusto*. Recuperado de <file:///C:/Users/Mario/Downloads/2924-2994-1-PB.pdf>
- De Ávila, G. (2001). *Volvamos a la Fuente*. Miami: Vida.
- De Ávila, G. (s.f) *Análisis de la Iglesia por el pastor Gerardo de Ávila*. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/360360732/Analisis-de-la-Iglesia-Gerardo-de-Avila-pdf>
- Dobson, J. (1993). *Cuando lo que Dios hace no tiene sentido*. Miami: Unilit.
- Doukhan, J. (2008). *Secretos del Apocalipsis: el Apocalipsis visto a través de los ojos hebreos*. Buenos Aires: Casa Editora Sudamericana.
- Escobar, I. y Chumil, K. (14 de Marzo de 2020). *Coronavirus: Alejandro Giammattei suspende procesiones y clases*. Prensa Libre. Recuperado de

<https://www.prensalibre.com/guatemala/politica/coronavirus-alejandro-giammattei-suspende-actividades-de-semana-santa-y-clases/>

Fuentes, M. A. (2014). *Comentario al Apocalipsis*. Buenos Aires: Ediciones del Verbo Encarnado.

Galeano, E. (1998). *Patas Arriba, la escuela del mundo al revés*. España: Siglo XXI.

Gálvez, R. (2009). *Prácticas dudosas en el ejercicio de nuestra Fe*. Guatemala: Fortaleza.

González, J. L. (2009). *Historia del Cristianismo, obra completa*. Miami: Unilit.

Green, G. (2015). *Reforma del siglo XXI*. Guadalupe: Clir.

Hurtado, P. (17 de Agosto de 2007). *Libres crezcan fecundas, por docena*. El Periódico, pp. 14.

Menéndez, E. (2019). *Teología Práctica, Iglesia y Sociedad*. Guatemala: Punto Creativo.

McLaren, B. (2008). *El Mensaje secreto de Jesús*. Nashville: Grupo Nelson.

Mounce, R. (2007). *Comentario al libro de Apocalipsis*. Barcelona: Clie.

Miró, R. (2020). *La Iglesia Relevante en las redes sociales. ¿Cómo utilizar el internet para evangelizar?* Buenos Aires: Tribo.

Nelson, J. (2016). *Apocalipsis y Lealtad: culto, política y devoción en el libro de Apocalipsis*. Michigan: Biblioteca Menno.

Núñez, E. A. (1986). *La Biblia y la sanidad divina*. Barcelona. Portavoz Evangélico.

- Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas. (1999). *Guatemala Memoria del Silencio*. (1ª. ed.). Guatemala: CEH.
- Osorio, R. (2020). *Los beneficios de una crisis*. El Paso Texas: Mundo Hispano.
- Oyarzún, U. (2017). *El Evangelio perdido de Jesús*. Monterrey: Kate & Cumen.
- Pérez Millos, S. (2010). *Comentario Exegético al Texto Griego del Nuevo Testamento, Apocalipsis*. Barcelona: Clie.
- Pronzato, A. (2006). *Este es el cristiano y este es su Dios*. Santander: Sal Terrae.
- Real Academia Española (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. (21ª. ed.) Madrid: Espasa-Calpe.
- Ropero, A. (2020). *El Virus del Edén. ¿Qué tiene Dios que ver con todo esto?* Pensamiento Protestante. Recuperado de <https://www.pensamientoprotestante.com/2020/05/los-virus-del-eden-de-alfonso-ropero.html>
- Satos, N. (2014). *Asturias, los astures y la religiosidad antigua*. Madrid: Publicaciones Universidad Complutense.
- Stam, J. (1999). *Apocalipsis, Tomo I*. Buenos Aires: Karios.
- Stam, J. (2020). *Apocalipsis y Profecía. Apocalipsis en clave de adoración y culto*. San José Costa Rica: JS Libros.
- Cayo, S. (1992). *La Vida de los doce Césares. Colección Biblioteca Clásica*. Madrid: Gredos.

Vanni, H. (1998). *Apocalipsis. Una asamblea litúrgica interpreta la historia* (6ª. ed.). Navarra: Verbo Divino.

Vargas Llosa, M. (2014). *La Civilización del Espectáculo*. (1ª. ed.) Buenos Aires: Aguilar, Altea, Alfaguara.

Vidal, S. (2007). *Pablo de Tarso a Roma*. Santander: Sal Terrae.

Wikenhauser, A. (1969). *El Apocalipsis de San Juan*. Barcelona: Herder.

Zaldivar, R. (2012). *Apocalíptico. Creencia, duda, fascinación y temor al fin del mundo*. Barcelona: Clie.